



del color del odio

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



KELLTON McINTIRE

DEL COLOR DEL ODIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 648

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 30.865 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: septiembre, 1974

© KELTOM McINTIRE, 1974

texto

© MIGUEL GARCIA, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483— .La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

624— ¡Buen trabajo, Hammond!

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.247 — Todos están muertos.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

48 — Del temple de los héroes.

En Colección COLORADO:

881 — Persecución hasta el infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba cansado del barrio, asqueado de los continuos problemas que la vecindad me creaba.

Como quiera que nunca he sido muy acomodaticio, y, por otra parte mi sueldo era una porquería, lo que más deseaba era largarme de Chelham.

En Homicidios recurrían a mí cada vez que había que resolver una papeleta desagradable. Cosas como detener a Curl Brown, un negro peligroso, de dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso.

Luego estaban las prostitutas de Monroe Street, los truhanes de Central Market, los tugurios y tabernas de Tube Lane, el supermercado Garrett, escogido periódicamente por los ladrones como blanco de sus golpes...

Además de Washington Garden, lugar preferido por los maniáticos sexuales para espiar a las parejitas o para... rebanarle el cuello a un jovencito.

Porquería.

Todo en Chelham es porquería.

Claro que hay miseria. Bloques como colmenas, donde los ciudadanos viven como cucarachas.

Sin embargo, hay también negocios boyantes como el hotel Clifford, la fábrica de accesorios Graven, las cafeterías y, sobre todo, los Bancos.

Los negocios de banca proliferan en Chelham tanto como los delincuentes. La última sucursal instalada en Chelham es la del Braxford Bank.

El Braxford había ocupado provisionalmente un viejo edificio en Anson Row, uno de los lugares menos vigilados del barrio.

El gerente era un presuntuoso individuo de treinta años llamado Warrens, que hizo oídos de mercader cuando le advertí que la

sucursal tenía muchas probabilidades de ser asaltada en cualquier momento.

Sin embargo, Warrens solicitó mi ayuda a la hora de encontrar un vigilante para el Banco.

Entonces me acordé de Andy Yates, un viejo amigo, policía jubilado, que vivía precariamente con su paga de jubilación.

Al menos, Andy consiguió un empleo como vigilante del Banco y mejoró su situación económica, lo que celebré sinceramente.

El servicio, en el precinto policial de Chelham, era exhaustivo. Yo estaba descontento de mi trabajo, de mi remuneración y hasta de mis camaradas.

Había una especie de ley instituida entre ellos, aunque no estuviera escrita: hacer el menor esfuerzo posible.

Si al precinto llegaba una denuncia, un sargento detective se hacía cargo del caso, acompañado de otros dos policías.

Visitaban el lugar del hecho, dirigían preguntas a todo el mundo, tomaban nota en sus blocs y... se volvían al precinto con un simple informe.

Yo me había ganado sus antipatías desde el primer momento.

Lo primero que había hecho para conseguirlo, puede explicarse con una palabra: trabajar. Cuando me hice cargo del primer caso, llevé mi investigación hasta el punto final, con todas las consecuencias.

Naturalmente, mi laboriosidad se traslució poco después en que el capitán Theo Hilem, jefe del precinto, dirigió a todos un discurso rabioso y punzante y les obligó a trabajar de firme.

En Chelham tampoco gustaba a nadie, industriales incluidos, que un simple sargento como yo demostrase tanta eficacia y amor propio.

No tardé en descubrir los motivos: la mayoría de los negocios estaban asegurados a todo riesgo.

¿Qué significaba aquella circunstancia?

Es fácil de explicar: el negocio robado falseaba la lista de los bienes desaparecidos ante la compañía de seguros. Si la policía no recuperaba el producto del robo, la aseguradora tenía que pagar lo que el dueño del negocio dijese.

En pocas palabras: incluso a las personas que eran objeto de las incursiones de los cacos les interesaba que la policía no demostrase

demasiada eficacia a la hora de perseguirlos y detenerlos.

Poco a poco fui descubriendo muchos trapos sucios en el barrio.

La policía tenía la mano muy suave para con las dueñas de prostíbulos de la calle Monroe, por ejemplo.

Tampoco molestaba demasiado a los tahúres y tramposos de los garitos... porque algunos de ellos recibían una parte de los beneficios obtenidos.

Mi gran desafío a Chelham lo constituyó Valery Boldini.

Valery era una chica preciosa que trabajaba en uno de los almacenes de confecciones de Pollock Street.

Valery era hija de un italiano llamado Giuseppe Boldini y de una mestiza bellísima, antigua cantante de *jazz*, llamada Iris Jones.

Prácticamente, por las venas de Valery apenas corrían unas gotas de sangre negra, pero eso, en este país, se llama *persona de color*.

Conocí a Valery el día que me decidí a renovar en parte mi vestuario. Entré en uno de los almacenes de Pollock y allí estaba ella.

Sonrió en cuanto me vio. Tenía unos ojos grandes, luminosos, oscuros.

—Enhorabuena, sargento —me dijo de buenas a primeras—. He oído decir que metió en la cárcel a los gamberros que agredieron a Bonnie Jordan.

El hecho a que aludía Valery era uno más de los que sucedían a diario en el barrio.

Cinco mozaletes habían sorprendido al oscurecer a una chica subnormal, llamada Bonnie Jordan. Después de burlarse de ella y de zaherirla, la destrozaron las ropas a tirones y la sometieron a vejaciones que no pueden describirse fácilmente.

Bonnie fue encontrada en el suelo, acometida por un tremendo ataque de nervios, enloquecida. Fue necesario internarla inmediatamente en un hospital, donde debió permanecer dos meses antes de ser dada de alta.

Aquella misma noche penetré en la bolera Cadwell, refugio de todos los gamberros de Chelham.

Aparentando aburrimiento, me acerqué a las pistas.

Y de repente puse mi mano sobre el hombro de mi chico llamado Tracy.

Tracy se volvió inesperadamente y me golpeó en el rostro con el codo. Un momento después huía a la carrera.

Mi nariz estaba sangrando y me impedía respirar con desahogo, pero conseguí alcanzar a Tracy en la esquina.

Era un mocetón bien desarrollado muscularmente. Todo un gallo de pelea que se revolvió salvajemente en el suelo cuando le derribé.

Llevaba los cabellos muy largos, por lo que le agarré por los pelos y le torcí el cuello hacia atrás de forma muy dolorosa.

En los primeros instantes tuvo fuerzas para otra cosa que para insultarme. Pero en cuanto clavé uno de mis pulgares detrás de su oreja, lanzó un alarido y se vino a razones.

—Fue Terry Fulham el que empezó. Yo no hice más que seguirles la corriente —confesó.

Fue fácil detener a los otros. Algunos de ellos eran hijos de personajes importantes de Chelham. Recibí presiones para que retirara mi informe sobre el caso, pero no claudiqué.

Tracy Fulham y otros cuatro muchachos comprendidos entre los dieciocho y veinticinco años fueron juzgados y condenados. Y, naturalmente, fueron encerrados. Los mayores de veintiún años en prisión y los demás en un reformatorio.

Di las gracias a Valery por su cortesía y le pedí que me ayudara a escoger algunas prendas deportivas.

—Gracias por todo, *miss* Boldini. ¿Puedo invitarla a tomar una copa?

—Por supuesto —respondió con una sonrisa radiante—. Salgo a las ocho.

A las ocho estaba esperándola yo a bordo de mi modesto «bote», un «Ford» descapotable algo pasado de moda.

Aquella noche, muchos rostros se volvieron hacia mí cuando llevé a Valery a Hole, una cervecería céntrica.

Entonces pensé que me miraban con envidia, pero no era eso.

En la barra, mientras bebíamos nuestras jarras de cerveza, Valery se volvió hacia mí y me tocó el brazo.

—Estamos causando sensación, sargento —dijo con expresión seria—. ¿No cree que mi compañía puede perjudicarlo?

La miré con asombro.

—¿Perjudicarme? —pregunté. Lancé una corta carcajada y añadí —: Yo me siento muy a gusto en su compañía.

Vi pasar una sombra por sus expresivos ojos negros.

Y luego dijo aquello:

—Me consideran una persona de color, sargento. Mi padre era blanco, de origen italiano, pero mi madre era mestiza. Para toda esa gente que nos mira, no soy sino una ciudadana de segunda categoría.

Reí con todas mis fuerzas. Valery me miraba confusa, sin saber a qué atenerse.

—Majaderías —dije cuando pude contener la risa—. No tengo prejuicios raciales de clase alguna, pero si los tuviera sería suficiente su hermosa presencia, Valery, para alejarlos para siempre.

Su expresión cambió en seguida. El disgusto que sentía se esfumó e incluso rió conmigo de buena gana.

Chris Hamtop, el sargento que prestaba servicio conmigo en la sección del teniente Weels, no demostraba ya tanto entusiasmo cuando debía salir conmigo a realizar cualquier servicio.

El propio teniente Weels, mi jefe inmediato, no se recató en decirme que mi relación con una mujer de color podría perjudicarme.

Mentalmente les envié a todos al infierno.

Cada día que pasaba se me hacía menos desagradable en Chelham. Y todo ello gracias a la atracción que sobre mí ejercía Valery.

En la junta de fin de año no fui reelegido como preparador de boxeo en el gimnasio de la policía.

Por lo demás, las personas más importantes de Chelham me daban la espalda claramente cuando penetraba en una cervecería u otro lugar semejante.

Cuando quise revalidar mi tarjeta de socio del club Auto-Sportmen de Chelham, el secretario me envió una breve comunicación, según la cual lamentaba no haber lugar a la revalidación, puesto que había presentado mi solicitud *veinticuatro horas después de lo reglamentario*.

Comprendí que estaban haciéndome una especie de boicot masivo. Pero me encogí de hombros, indiferente.

Aquella mañana, poco después de las once, tuve que hacer el atestado contra Bruce Hitland, acusado de prender fuego premeditadamente a la casa que habitaba en Greenplace... con el

fin de quemar viva a su esposa, Agatha.

A mediodía, Ruckless, que estaba de guardia en el teléfono, recibió un aviso de urgencia. La señora Harris, de Desmond Street, pedía ayuda desesperadamente: alguien estaba tratando de forzar la puerta trasera de su casa.

Cuando llegamos allí descubrimos la causa de su alarma: «Zoltan», el gran perro danés de la señora Harris, trataba de penetrar por allí.

A las cuatro de la tarde, poco después de haber almorzado con retraso, el teléfono nos avisó que mister Thomas L. Curtis, de West Street, había sido encontrado muerto en su casa.

Cuando entramos, la vivienda apestaba a gas. Todas las puertas estaban cerradas por dentro cuando unos familiares se decidieron a romper la de entrada.

Es decir, Curtis había muerto accidentalmente cuando su cocina de gas se apagó al verterse el agua para el té. El gas siguió saliendo, sin que el anciano lo advirtiera...

Tal vez tuviera todavía un rato para pasarlo en compañía de Valery. Ultimamente, Valery parecía dispuesta a escuchar mi última proposición de matrimonio.

Si no había aceptado antes, la causa era únicamente su hermano Luke, un muchacho de dieciocho años, rebelde y violento, que no se decidía a sentar la cabeza y a aceptar trabajar honradamente.

Luke tenía mala fama, aunque no parecía mal chico. Las malas compañías, quizá, le habían echado a perder.

Por desgracia, como ambos eran huérfanos, Valery se creía obligada a velar por Luke.

Bob, uno de los muchachos de la barra, estaba poniendo ante mí el plato con las hamburguesas y un poco de ensalada, cuando repiqueteó el teléfono que tenía junto a la máquina expendedora de cigarrillos.

«Es para mí», pensé, agorero, antes de decidirme a pinchar una de las hamburguesas.

Bob se volvió hacia el lugar que ocupaba yo, con el teléfono en la mano.

—Es para usted, sargento.

Bajé del taburete y tomé el teléfono.

—¿Ron Davis? —siseó en mi oído la voz arrastrada de Eddie

Chrisler—. Será mejor que te dirijas inmediatamente a Anson Row.
La sucursal del Banco Bradford acaba de ser asaltada.

CAPÍTULO II

En la puerta había varios coches, entre ellos una ambulancia. La puerta del viejo edificio estaba chamuscada, casi destrozada. Aparté al policía de uniforme que tapaba la entrada y entré.

El teniente Weels, el sargento Hamtop y un detective llamado Joe Nathan rodeaban a las dos personas tendidas en el suelo.

Murmuré un saludo, me tapé la nariz con un pañuelo y me incliné sobre los dos cuerpos.

Un nudo se me formó en la garganta al reconocer a mi viejo amigo Andy Yates.

Su chaqueta gris estaba destrozada. Vi su brazo izquierdo, en carne viva, y me sobresalté.

Hasta aquel momento no había visto al hombre que estaba inclinado junto a Yates. Era el doctor Paul Banner, un médico de la policía.

—Tiene heridas gravísimas —susurró Banner—. Si logramos reanimarle, será un verdadero milagro.

Alzó la manga derecha del pobre Yates y le inyectó algo que supuse cardiazul u otro reanimador semejante.

Entretanto, Nathan y el sargento Hamtop se esforzaba en reanimar a Hal Warrens, que era la otra persona que yacía sobre el suelo.

Si no me hubiera encontrado tan impresionado por la gravedad de Yates, es seguro que hubiera soltado una carcajada.

Warrens, el gerente del Banco, se había burlado de mí porque yo le había recomendado que adoptase algunas precauciones en el edificio con vistas a un posible atraco. Como cambiar la puerta por otra de hierro.

Warrens tenía algunos arañazos en la cara y el rostro lleno de tiznones. Advertí que el mostrador de operaciones estaba destrozado y casi carbonizado.

De repente, Yates lanzó un gemido.

Al ver su expresión, no tuve la menor duda de que mi viejo amigo iba a despedirse pronto de esta vida.

En el pecho, sobre su camisa blanca, podían verse las dos manchas rojas. Le habían alcanzado en el pecho con dos balazos y Andy era viejo ya...

Una extraña emoción me embargó.

¡Viejo Andy Yates, leal amigo mío, policía hasta la médula, sacrificado y heroico hasta el final!

Deseé fervientemente ser encargado del caso. Y confieso que entonces no me animaban las mejores intenciones respecto a sus asesinos.

Andy se esforzaba en hablar, elevando su única mano útil y produciendo un sonido sordo, gorgoteante.

—Vamos, Andy, amigo mío —murmuré, inclinado sobre él y tomando su mano derecha—. Ten ánimo. ¿Puedes hablar? ¿Quién... quiénes fueron?

Fue entonces, inclinado, cuando vi el agujerito en su cuello, justo a la altura de la tráquea.

El aire salía, silbante, por allí.

Su cabeza cayó pesadamente hacia atrás.

Excitado hasta el paroxismo, atenacé al médico por un brazo y grité:

—¡Por Dios misericordioso, doctor: haga algo, inyéctele, dele masaje al corazón, intente recuperarle!

Banner rompió velozmente otra ampolla, la absorbió con la jeringuilla y pinchó directamente en el corazón de Yates.

Pero la reacción vital no llegó.

Banner, que había estado oprimiendo su pecho, se volvió hacia mí y exclamó desalentado:

—Es imposible. Ha muerto. Tenía tres heridas gravísimas. Perdió tanta sangre que no ha podido recuperarse.

No soy un tipo muy sentimental, pero noté que mis ojos me escocían demasiado.

Poco a poco aparté mi mano de la de Andy y me puse en pie.

Algunos minutos más tarde, Hal Warrens recuperaba el conocimiento.

El teniente Weels, con su acostumbrada brusquedad, le asió por

los hombros y empezó a interrogarle.

—¿Qué ocurrió? ¿Cuántos hombres eran? ¿Cómo destrozaron la puerta?

Warrens tragó saliva y me miró.

—Yates es... estaba sentado en una silla, mientras yo ordenaba la documentación del día...

—Siga.

—Dele tiempo —intercedió el médico—. El señor Warrens está bajo una penosa impresión. Fue golpeado. Probablemente sufre un fuerte *shock*, nervioso.

Warrens trató de ponerse en pie, pero debieron fallarle las piernas y se derrumbó de nuevo sobre la silla en que le habían sentado.

—No importa —dijo haciendo acopio de valor—. Les diré lo que sé.

Aseguró que había oído el chirrido de unos frenos hacia las ocho de la noche, en la calle.

—Yates se levantó a mirar. Lo hizo a través de la ventana más próxima. Le pregunté, distraído y me dijo que irnos muchachos estaban reparando un *jeep* frente al Banco. De repente se oyó una tremenda explosión y la puerta de la calle saltó en pedazos. El Banco se llenó de humo y Yates cayó rodando por el suelo.

—¿A qué hora fue eso? —pregunté.

—Pues... tal vez serían las ocho y media, aunque no miré la hora, pues estaba embebecido en el trabajo. Tres hombres penetraron dentro del Banco, a través de las llamas que habían prendido en la puerta. Todo fue muy rápido. Uno de ellos arrojó algo sobre el mostrador. Empecé a toser y a lagrimear y comprendí que se trataba de una bomba tóxica-lacrimógena. A través del humo vi que Yates se había puesto en pie, tenía su revólver en la mano y se disponía a disparar contra los asaltantes.

—¿Lo consiguió, llegó a hacer fuego? —preguntó el teniente.

—No. Uno de ellos, el que estaba más cerca de la puerta, disparó tres veces contra él. Yates se desplomó. Confieso que me aterró. Cuando uno de aquellos individuos me encañonó con su pistola, alcé los brazos y esperé.

—¿Pudo reconocerlos? —inquirí.

—No... en el primer momento. Los tres llevaban caretas antigás

cuando aparecieron en la puerta. Yo tosía desaforadamente, cuando noté que tiraban de mí con violencia y me llevaban ante la caja. Me ordenaron, por señas, que abriese la caja. Tuve que hacerlo.

—¿Cuánto dinero había en la caja? —pregunté.

—Algo más de ciento cincuenta mil dólares. En pocos segundos habían metido el dinero en tres bolsas deportivas. Durante unos momentos, los atracadores se distrajeran...

Hizo un alto para recuperar la respiración y continuó:

—Entonces cometí la estupidez de intentar alcanzar la pistola que guardo en el cajón de mi mesa. No lo conseguí: uno de ellos saltó sobre mí y me impulsó de cabeza contra el mueble. Ocurrió en un segundo: la careta de aquel individuo se enganchó en el manubrio de la calculadora.

—¿Vio su rostro? —preguntó ávidamente.

—De reojo. El muchacho volvió a colocarse la careta apresuradamente. Creo que no pudo advertir que yo le había reconocido y quizá a ello deba la vida. A continuación debió golpearme con su pistola, porque no recuerdo nada más.

—¿Quién era? —preguntamos el teniente Weels y yo, casi a la vez.

—El hermano de *miss* Valery Boldini. Estuvieron aquí hace unos días. *Miss* Boldini quería abrir una cuenta de ahorros a nombre de su hermano. Me quedé rígido.

—¿Está seguro? —exclamé al cabo de unos segundos—. ¿No se habrá equivocado? Tenga en cuenta que apenas dispuso de unos segundos para ver su rostro. ¡Pudo equivocarse!

Weels y Hamtop se volvieron a mirarme. Con dureza, con reproche.

Warrens denegó vivamente.

—No. No puedo equivocarme. Era un chico de unos dieciocho años, muy moreno, bien parecido... Vestía pantalones de pana rojos y una chaqueta de cuero, lo recuerdo muy bien.

—No puedo creerlo —murmuré—. ¡Es inconcebible! Luke no puede haberlo hecho, debe existir algún error.

Weels me dirigió una mirada punzante.

—¿Por qué le resulta tan difícil creerlo, Davis? Luke Boldini tiene antecedentes como delincuente. Siempre pensé que ese chico no tenía solución.

En aquel momento alguien penetró en el Banco.

Nos volvimos y vimos que un *cop* traía del brazo a un anciano esquelético.

Lo reconocí. Era Wallace, un inválido que tenía un puestecito de chucherías al final de Anson Row.

—¿De qué se trata? —preguntó el teniente Weels al *cop*.

—Creí que le interesaría. Wallace dice que vio pasar ante su puesto un *jeep*, poco después de oír una explosión —informó el agente.

—Adelante, Wallace. Venga aquí. Siéntese —invitó Weels.

No me gustaba Wallace, a pesar de ser un anciano inválido.

Un año antes había comparecido en el precinto, acusado por unos vecinos de cometer abusos deshonestos con los chicos, que eran sus clientes habituales.

Era un hombre casi calvo, de rostro estrecho, nariz larga y boca vacía de dientes.

Se le escapaba el aire al hablar y sus ojillos se movían constantemente.

—Vamos, Wallace —dijo Weels, con amabilidad desacostumbrada—. Diga lo que vio.

—Pueff... Yo eftaba en la efquina, efperando a Freddy, el chico que me ayuda a empujar mi carrito hafta caffá. Vi el coche; un viejo *jeep*.

—Bien, bien, siga —le animó el teniente.

—¡Creí que iba a atropellarme! Al llegar a la efquina, el coche frenó, fe puffo sobre doff ruedaff y torció por Monroe. Penfé: *Ahí va el loco de Luke Boldini*, porque era él quien conducía el *jeep*.

—¿Está seguro, Wallace?

—¡Feguro! Conozco bien a Luke.

—Está bien, Wallace. Le agradezco su ayuda. Tendrá que pasar por el precinto y firmar una declaración escrita. Enviaré a buscarle —le despidió Weels.

Poco después llegó el representante del fiscal, un joven llamado Shanon.

Shanon recibió informes verbales de Weels y del doctor Banner y autorizó que se levantase el cadáver.

Vi salir el cuerpo de Andy en una camilla y me sentí amargado y triste. Tal vez yo, aunque de forma remota, era culpable de que

Andy Yates hubiera muerto.

No era ya mi preocupación por Luke, sino, sobre todo, por Valery.

Sabía muy bien que la noticia la iba a destrozar, porque ella quería a Luke mucho.

Por otra parte, el detalle del *jeep* me inquietaba. Porque yo sabía muy bien que Luke estaba loco por comprar uno de esos viejos automóviles del ejército, que pueden adquirirse por doscientos dólares.

Me acerqué a Weels y le pregunté qué pensaba hacer.

—Encontrar a esos tres muchachos. Y lo van a pasar muy mal en cuanto les tenga entre mis manos, créalo —fue su respuesta.

Envió a Hamtop al precinto con el encargo de que fuese divulgada la descripción de Luke Boldini a través de la radio y la televisión.

Calificó su captura como «asunto preferente» y ya se disponía a añadir «vivo o muerto», cuando debió recordar que Luke sólo tenía dieciocho años de edad.

Me ofrecí para visitar el parque de vehículos usados Fulham, junto a los talleres mecánicos del mismo nombre.

—Creo que es interesante constatar si fue Luke el que compró ese *jeep* —añadí.

Me miró con desconfianza.

—Voy a dejarle fuera de este caso, Davis —aseguró sin morderse la lengua—. ¿Y sabe por qué? Porque usted tiene relaciones con Valery Boldini. Es posible que su inclinación por esa mujer le obligue a proteger a Luke.

Protesté indignado, inmediatamente.

Aduje que yo, personalmente, siempre había sabido desligar mi comportamiento profesional, de cualquier lazo afectivo. Y le recordé las docenas de casos en las que había intervenido y los positivos resultados obtenidos.

La cólera se había apoderado de mí. Tan intensamente que incluso me atreví a exigir de Weels que se retractase de sus palabras.

Lo hizo. De mala gana.

—De acuerdo... No debí ser tan claro. De todas formas, sargento, no intervendrá en este caso. Voy a obtener del capitán

Hilem autorización para que pueda disfrutar, ahora precisamente, su permiso anual.

—¡Pero yo no quiero disfrutar mi permiso! —grité—. Y menos en esta ocasión.

—No me grite —ordenó fríamente—. Puede marcharse.

Cuadré los hombros, expulsé el aire contenido a presión en mis pulmones, y le di la espalda...

CAPÍTULO III

Después de un largo silencio, separó las manos de su rostro.

Sus párpados estaban hinchados y sus ojos enrojecidos de tanto llorar.

Viéndola así, sentí unas ansias tremendas de estrecharla entre mis brazos y besarla suavemente en los labios.

Pero no lo hice. Me sentía demasiado furioso con ella, por otra parte.

—No lo ha hecho él, Ron. ¡Te lo juro! —exclamó.

Chasqueé los labios, impaciente.

—¿Es que no puedes comprenderlo, Valery? ¡Hay pruebas contra él! Le reconoció Warrens, del Banco Bradford. Y también un hombre llamado Wallace —grité.

Me dirigió una mirada llena de reproche que me obligó a bajar los ojos.

—Tienes que convencerte, Valery. Ya sé que quieres mucho a tu hermano —observé, con voz más suave—. Pero ahora está reclamado. Si recibes noticias tuyas, no dudes en avisarme. Será mejor que se entregue. Caso contrario...

Me acerqué a ella, tomé sus manos y las oprimí, tratando de infundirle calor.

—Animo, cariño. Yo estoy contigo, a pesar de que no podré hacer nada oficialmente. Me han dejado fuera del caso —continué.

—Es por mi causa, ¿verdad? —preguntó, clarividente.

—Sí —confesé—. El teniente Weels piensa que protegería o encubriría a Luke. Cometiste un grave error entregándole esos doscientos dólares, Valery. Lo más seguro es que Luke estuviera ya de acuerdo con un par de amigos para cometer el atraco. Necesitaban el coche y tú le diste la oportunidad de comprarlo...

—¿Cómo podría hacértelo comprender, Ron? —insistió Valery, testaruda—. Mi hermano no es capaz de cometer un crimen tan

repugnante.

Había en sus palabras un intenso acento de sinceridad que me impresionó.

Sin embargo, yo soy policía y estoy acostumbrado a desconfiar de las impresiones personales de los familiares de acusados o detenidos. Por regla general, una madre o una hermana, defienden siempre a los suyos con uñas y dientes, aunque se demuestre, sin lugar a dudas, que su «defendido» sea un tipo repugnante.

—¿Qué vamos a hacer, Ron? Pienso en Luke, acosado, perseguido como una fiera, en peligro constante... ¡Tengo que ayudarle, sea como sea!

Tuve que admirarme de su lealtad. Y se lo dije:

—Me gustaría que llegases a tener en mí la mitad de la fe que tienes en tu hermano.

—Y la tengo, Ron. ¿Dudas de que me portase de la misma forma si sobre ti pesase una acusación? —exclamó, dolorida.

Volví a besarla.

Ella me devolvió la caricia apasionadamente, agradecida.

—Tengo que pensar, es imprescindible pensar —murmuré—. Si queremos hacer algo por Luke.

En primer lugar, era necesario estar seguros de que el muchacho había comprado el *jeep*.

Con el fin de no buscarme complicaciones, pedí a Valery que fuese ella la que llamase por teléfono al parque de automóviles usados Fulham, que era el único lugar de Chelham donde podía adquirirse un *jeep*.

Por cierto que George Fulham no me miraba con muy buenos ojos desde que envié a su hijo al reformatorio, pero eso me tenía sin cuidado.

—Pregúntales si han vendido un *jeep* a Luke Boldini. Y en caso afirmativo, pídeles que te indiquen la matrícula —le expliqué.

Fueron muy amables con ella, sospechosamente amables, según la propia Valery afirmó:

—Luke compró el *jeep* esta misma mañana. Pagó al contado y se llevó el coche. La matrícula es CAL-0027 —dijo, al tiempo que colgaba el teléfono.

Minutos después marqué el número del precinto. Era Ruckles el que estaba al otro lado del hilo.

Le pedí como un favor especial que llamase a mi teléfono si se producía alguna noticia en relación con Luke Boldini.

Su respuesta fue tajante.

—No puedo hacerlo. El teniente Weels quiere que el caso se lleve en estricto secreto para todo el que no intervenga en él. Y tú estás con licencia a partir de hoy mismo.

Estuve a punto de insultarle, pero comprendí que un insulto no mejoraría mi prestigio en el precinto.

Estuve consolando a Valery como mejor pude hasta las doce de la noche.

Al despedirme, las lágrimas volvieron a brotar de sus Ojos.

Mi apartamento alquilado se encontraba en la zona residencial, al otro lado de Washington Garden.

Se encuentra en un edificio de tres pisos, rodeado de una franja de césped. Dispone de un garaje común, pero yo preferí dejar el coche en la calle.

En el vestíbulo me encontré con Henry Witner, uno de mis vecinos. Pasó junto a mí aprisa, sin saludarme siquiera.

Una rabia densa se iba acumulando dentro de mí.

Llevaba casi tres años en Chelham. Había cumplido con mi deber a rajatabla, pero nunca lesioné los intereses de ninguna persona honrada.

Sin embargo, todos me demostraban claramente su desprecio. Para ellos, yo era la oveja mezclada en un rebaño de vacas.

Subí a mi apartamento, fui a la cocina y saqué una cerveza grande.

Me sentía derrengado. Mis músculos estaban cansados después de una jornada tan llena de incidencias, pero mi mente, poblada de pensamientos inquietantes, se resistía a descansar.

El infeliz Andy Yates había sido baleado poco después de que los atracadores penetraran en el destartado edificio.

Con tres balas en el cuerpo, derrumbado en el suelo, no era posible que hubiera presenciado nada de lo que sucedió a continuación.

¿Por qué, entonces, pareció obsesionado por explicar algo, cuando el doctor Banner logró reanimarle con una inyección?

El problema comenzó a obsesionarme. Pero unos instantes después había encontrado la solución: Yates se había levantado y

había mirado por la ventana cuando se oyó el estrépito del frenazo.

Vio a los muchachos que parecían hurgar en el motor del *jeep*. Y posiblemente reconoció a Luke Boldini.

¿Era aquello lo que Yates se esforzó en decirme poco antes de morir? Era lo más probable.

Había otra cosa que me preocupaba: tanto Warrens como el viejo Wallace habían reconocido a Luke... pero no a sus dos compañeros.

Podía explicarse en el caso de Warrens, pues según él todos los atracadores se cubrían el rostro con máscaras antigás y sólo pudo ver, por azar, el rostro de Luke.

Pero con Wallace, puesto que cuando los atracadores huían era lógico que cada uno de ellos se hubiera librado ya de la careta. Wallace reconoció a Luke, pero no a sus dos cómplices.

¿Significaba tal circunstancia que los compañeros de Luke eran extraños, desconocidos, ajenos al barrio de Chelham?

Decidí interrogar a Wallace. El viejo inválido no tenía por qué saber que yo no estaba en el caso.

Yo tenía entendido que Wallace vivía por los alrededores de Monroe Street, la calle de los prostíbulos, de modo que decidí hacerle una visita.

Ya me disponía a abandonar mi apartamento cuando el teléfono sonó.

Mi comunicante era un hombre llamado Oscar Jordan.

En principio no lo relacioné con alguien conocido, pero él mismo se encargó de identificarse.

Era el padre de Bonnie Jordan, la chica subnormal a la que unos meses antes habían asaltado Terry Fulham y otros cuantos gamberros.

—Pensé que podía avisar a la policía, pero luego recordé lo que usted hizo por nosotros, señor Davis. Obró como un policía honrado, a pesar de todas las presiones que se le hicieron.

—Gracias, señor Jordan. Es usted muy amable. Pero ¿a qué se refiere exactamente? —pregunté, sumamente intrigado.

Dijo que había visto el rostro de Luke en la pantalla del televisor de la cervecería de Hoss Braker, donde solía tomar alguna jarra de cerveza.

—Me enteré del atraco al Banco Bradford e incluso escuché que

los atracadores habían huido en un *jeep*, matrícula CAL-0027. Por otra parte, sé que usted sale con una chica llamada Valery Boldini, hermana de Luke.

—Sí —exclamé, impaciente—. Pero ¿qué relación tiene...?

—Lo comprenderá en seguida si le digo que he encontrado el *jeep* que describió el locutor de televisión. He visto su matrícula: CAL-0027 —confesó.

Me sentí como sobre ascuas.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En el vertedero de basuras. Olvidé mi cazadora de piel, porque yo trabajo allí, señor Davis. Volví, pues, y subí a mi *bull-dozer*. Estamos relleno con las basuras un barranco.

Pues bien, el *jeep* está allí, en el hoyo.

Apenas pude contener la exclamación de sorpresa.

—Es un lugar extraño. No alcanzo a comprender por qué lo dejaron allí —comenté.

—Si quiere que le diga lo que pienso...

—Dígalo.

—El que empujó el *jeep* hasta el hoyo sabía que estamos relleno aquella zona. Sin duda, pretendió que el coche quedase enterrado bajo algunas toneladas de basura.

—¿Cree que es posible?

—Desde luego. Si no hubiera subido a la cabina del *bull-dozer* simplemente a recoger mi cazadora, lo primero que hubiera hecho sería poner el motor en marcha y subir la pala para retroceder y cargar, con lo cual me hubiera sido imposible ver el *jeep*. Unas cuantas paladas de basuras y el coche hubiera quedado oculto para siempre.

—¿Por qué me ha llamado a mí, en lugar de llamar al precinto? —pregunté.

—Sé que Luke es hermano de su novia, sargento. Pensé que podía interesarle. Yo me considero en deuda con usted. Si me necesita para algo, avísame.

Le di las gracias con cierta emoción, porque era una de las escasísimas personas con las que podía contar en Chelham, y colgué.

Un momento después bajaba la escalera aprisa y me metía en mi coche.

Evité el centro y alcancé la zona de los vertederos a través de North Road.

Arriba, en lo alto de una plataforma elevada, advertía la silueta del *bull-dozer*, que se recortaba sobre el firmamento, visible por la profusa iluminación de Chelham.

Dejé mí «Ford» perfectamente escondido en un desnivel, próximo a la carretera, y emprendí la ascensión.

En la oscuridad advertí las siluetas confusas de algunas máquinas: roturadoras gigantes, apisonadoras, palas mecánicas, etcétera.

Mi respiración se tomó jadeante. La cuesta por la que ascendía era muy empinada.

A unos cincuenta metros de la máquina de Oscar hice un alto, apoyado sobre una apisonadora.

Arriba, en la oscuridad, resonó un rumor de latas que rodaban cuesta abajo.

Inmediatamente un resplandor anaranjado brilló en lo alto.

Comprendí que alguien acababa de disparar sobre mí y me dejé caer al suelo.

Me escurrí con urgencia hacia atrás y me protegí tras la mole metálica de la apisonadora.

Me habían disparado con un arma provista de silenciador, estaba claro. Había visto la llamarada del disparo, pero no oído ningún estampido...

CAPÍTULO IV

Tres o cuatro minutos transcurrieron en tenso silencio.

Yo tenía ya mi revólver empuñado. Y reconozco que en aquellos momentos hubiera preferido saltar fuera de mi refugio y emprenderla a tiros.

Pero ¿contra quién?

Di un respingo al oír aquel murmullo a mi izquierda.

Sobre el cielo de color amarillento se recortó una figura. Inmediatamente vi brillar algo semejante a un relámpago, seguido de la clásica detonación en ráfaga.

Aplasté mi nariz contra la basura. Los rulos de la apisonadora dejaron oír una fúnebre melodía metálica, a medida que el plomo chocaba contra el acero.

Me arrastré hacia la derecha, buscando una posición más propicia, y asomé la cabeza.

Quienquiera que fuese, corría a gran velocidad cuesta abajo, regando de balas la apisonadora, que me protegía perfectamente.

Saqué el revólver, apunté cuidadosamente y disparé.

La metralleta enmudeció y un cuerpo cayó dando tumbos por la pendiente hasta detenerse sobre el camino donde estaba detenida la apisonadora.

No sé por qué lo hice. Me expuse mucho, atolondradamente. Pero lo cierto es que repté aprisa, agarré aquel cuerpo por un brazo y lo arrastré a cubierto.

Entonces busqué el encendedor en mis bolsillos, lo saqué y lo aproximé al rostro de aquella persona.

Un escalofrío me recorrió por entero al reconocer.

Un escalofrío me recorrió por entero al reconocerla.

En la frente había un agujerito por el que manaba un hilillo de sangre.

Aquel hombre era Gene Brando, el empleado de la estación de

servicio de North Road; el mismo que solía llenar de combustible el tanque de mi coche.

Brando era un hombre de cuarenta años, casado. Jamás había tenido cuentas con la policía. Era amable, servicial, simpático.

¿Qué o quién le había impulsado a disparar?

Estaba muerto, desde luego. Mi balazo, más de suerte que otra cosa, le había penetrado por la frente y se había alojado en su cerebro.

Apagué el mechero y le registré a oscuras.

En su cartera había dos billetes de diez dólares, un permiso de conducir, unos números para una rifa benéfica y un cheque de mil dólares, extendido al portador, contra el Banco Bradford.

¿Era una casualidad?

Devolví la cartera a su bolsillo tras frotarla rápidamente sobre las solapas de mi chaqueta, pero me quedó con el cheque.

Aquellos mil dólares del cheque podían muy bien arrojar alguna luz sobre el embrollo que yo trataba de aclarar.

Podía ser dinero legítimamente adquirido por Brando, pero a mí me cabía la duda. Un empleado de gasolinera, como él, suele ganar de trescientos a cuatrocientos dólares mensuales. Mil era mucho dinero para Brando.

No me sentía muy a gusto teniendo su cadáver junto a mí, sobre todo si se tiene en cuenta que yo acababa de matar a aquel hombre.

La persona que había disparado en primer lugar lo había hecho con una pistola, a la altura del *bull-dozer*.

Brando había disparado con una metralleta, desde un lugar más distante. Lo que indicaba claramente que eran dos los hombres que me atacaron.

Y los dos con idéntico interés por silenciarme para siempre. ¿A mí precisamente o... a cualquiera que se acercase por aquella zona a meter sus narices?

No era muy exagerado imaginar que aquellos individuos se encontraban en el vertedero cuando Oscar Jordan regresó, media hora antes, a recoger su olvidada cazadora.

Si era como yo pensaba, ¿qué les había llevado allí?

Enterrar el *jeep*, probablemente. Tal vez temieran que Jordan lo hubiera visto. Y entonces...

El zumbido me sorprendió.

Asomé un poco y vi el imponente *bull-dozer* de cuarenta toneladas que avanzaba cuesta abajo.

Sus faros enfilaron de frente la máquina apisonadora. La luz cegadora me impedía ver a la persona que conducía al pesado vehículo desde la elevada cabina.

¿Quién era? Me hubiera gustado mucho saberlo, pero no era cosa de preguntarlo a gritos.

Los haces luminosos barrieron la pendiente. Me aplasté cuanto puede contra las inmundicias que formaban la barrera y esperé.

Creí que no me había visto e iba a continuar su camino. Pero no fue así.

¡La máquina se dirigía rectamente hacia la apisonadora!

O lo que es lo mismo: el *bull-dozer* se disponía a chocar contra la apisonadora.

¡Pretendían aplastarme bajo los imponentes rulos de la máquina que me servía de refugio!

Puse mis músculos en tensión y salté de pronto hacia la izquierda, al tiempo que disparaba frenéticamente mi revólver contra la cabina.

Dos segundos después, el *bull-dozer* chocaba contra la apisonadora. Brotó un chorro de chispas al entrar en fricción el acero, la apisonadora resbaló lateralmente y cayó por la pendiente dando lentos tumbos.

El *bull-dozer* había frenado justamente al borde del camino. En aquel instante retrocedió, estremeciéndose desde el chasis hasta la cabina. Un momento después se precipitaba sobre mí.

Salté al camino y corrí cuesta abajo desesperadamente.

Detrás de mi aulló el «monstruo» y rodó a excesiva velocidad cuesta abajo.

Sobre la marcha, me volví y agoté el tambor de mi revólver.

El *bull-dozer* siguió adelante inexorablemente.

Di un alarido y salté hacia la pendiente de mi izquierda. Un pedazo de vidrio arañó mi antebrazo al caer de bruces, cuesta abajo.

Fue entonces cuando vi que el *bull-dozer* se precipitaba cuesta abajo.

Dio una vuelta de campana y sus enormes orugas giraron en el vacío, al tiempo que el motor aceleraba por sí solo.

La pesada máquina cayó dando tremendas volteretas. Sonó un estrépito de cristales rotos y los faros se apagaron.

Una polvareda maloliente se alzó como una estela que señalaba el itinerario de la máquina.

Al fin se detuvo, ciento cincuenta metros más abajo.

Estuve observándola unos minutos.

Sin duda, el hombre que la conducía había muerto aprisionado entre las planchas de la cabina.

La curiosidad clavó su aguijón en mí. Ardía en deseos de identificar a aquel hombre que tanto interés había demostrado en asesinarme.

Sin embargo, comprendí que no me interesaba perder el tiempo. Decidí subir hasta el hoyo donde estaba el *jeep*, registrarlo y volver cuanto antes a Chelham.

Ascendí a buena marcha por el camino. No tenía miedo, entonces.

Ocurre que la superación del peligro da a menudo seguridad. Y eso me pasaba a mí.

Porque mi arma no servía de nada. Había agotado los proyectiles.

Además, tampoco estaba seguro de que no hubiera en el vertedero más personas que quisieran terminar conmigo.

A mitad del camino tropecé en el suelo con la metralleta de Gene Brando. La tomé en mis manos y seguí hacia arriba.

Quince metros más allá, la apisonadora había dejado un profundo hueco al margen del camino, al caer dando tumbos.

En aquel hueco estaba el cadáver de Brando, aplastado de forma tan horrorosa que me alteró el estómago.

Corriendo llegué hasta el hoyo.

Era muy profundo. Y efectivamente, había un *jeep* en su parte más honda, lo que me llevó a comprender que mis deducciones eran razonables: Brando y el otro hombre estaban allí para sepultar el *jeep*.

El desnivel era hondo, de unos veinte metros de profundidad, y sus pendientes estaban erizadas de planchas oxidadas y viejos neumáticos desechados.

Alguien había hecho lumbre allá abajo, junto al *jeep*.

Bajó con precauciones, temeroso de herirme con los ponzoñosos

hierros.

El *jeep* estaba vacío. Registré el secreter y los dos cajones metálicos que lleva este vehículo insertados en los guardabarros. Algunas herramientas, una lata de líquido de frenos y nada más.

Busqué la documentación, que debía constar en el permiso provisional a nombre de Luke Boldini, pero no lo encontré.

El humo de la pequeña lumbre —apenas unos rescoldos— me molestaba sobremanera. Ya iba a aplastarlos, cuando vi unos restos de... ¡billetes!

También quedaban algunos restos a medio carbonizar de dos o tres bolsas deportivas, donde pude leer casi entera la palabra «Munich 73».

¿No eran semejantes a aquéllas las bolsas que habían empleado los atracadores del Banco Bradford para llevarse el dinero de la caja fuerte?

Casi me quemé los dedos al tratar de rescatar del rescoldo los restos de un billete.

Lo apagué entre mis dedos, encendí el mechero y comprendí que era un billete de diez dólares, legítimo.

El desconcierto más intenso se apoderó de mí.

¿Habían robado el dinero para quemarlo?

Me esforcé en recuperar algunos trozos de billetes que había alrededor de la lumbre.

Por el volumen de las pavesas era casi imposible adivinar la cantidad de billetes quemados.

¿Habían quemado todo el botín para hacer desaparecer una prueba de culpabilidad o... sólo los billetes más pequeños?

Estaba completamente distraído entonces. Si alguien hubiera asomado en lo alto del barranco, me hubiera baleado fácilmente.

No llegó nadie, sin embargo. Pero sí me pareció escuchar el alarido distante de una sirena.

Subí a toda prisa.

Si era la policía, no me interesaba ser sorprendido en aquel lugar. El teniente Weels era muy capaz de aprovechar el suceso para conseguir instruirme un expediente. Por entonces, yo no pensaba ni siquiera remotamente abandonar el Cuerpo de policía.

Al otro lado del desmonte había unas casetas de plancha de zinc. De una de las ventanas salía un chorro de luz.

Miré hacia North Road y vi un automóvil que se acercaba al vertedero a gran velocidad.

Corrí hacia la vertiente más opuesta y descendí a grandes saltos, lejos de la vista de los policías que llegaban en el coche patrullero. Poco después cruzaba la carretera y alcanzaba el lugar donde había escondido mi «Ford».

Miré hacia arriba y vi que el coche de la policía escalaba la pendiente.

No esperó a más. Arranqué el motor y salí a la carretera con las luces apagadas.

En cuanto me hube alejado quinientos metros, di las luces y aceleré cuanto pude.

A las dos de la noche llegaba ante mi casa. Subí, tras limpiar someramente los bajos de mi pantalón y la parte delantera de mi chaqueta y llegué a mi apartamento sin que nadie advirtiese mi presencia.

Lo primero que hice fue meterme bajo la ducha y curar los arañazos de mis piernas.

Después llamé a Valery para tranquilizarla. Parecía resignada, pero, en realidad, su inquietud iba en aumento.

CAPÍTULO V

A las nueve de la mañana del día siguiente, las cosas no habían experimentado la menor alteración.

Intenté entrevistarme con el capitán Hilem, al que suponía un hombre honesto e íntegro, si bien poco voluntarioso y más bien dado a abandonar sus responsabilidades sobre las espaldas de sus subordinados.

No me fue posible. Gatting, que era el detective que atendió mi llamada, me aseguró que el capitán estaba en el centro.

Supuse que a Hilem le esperaba un buen sermón y probablemente un traslado, pero me equivocaba.

Como no estaba dispuesto a mendigar una información en el precinto, visto que prácticamente me habían arrojado de allí por tener relaciones con Valery Boldini, decidí establecer mi cuartel general en la cafetería Hole.

Muy derecho en su taburete, imponente con su barba roja y sus cabellos largos y ondulados que le daban aspecto de león del Senegal, estaba Milton Chariton, uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Me vio perfectamente. Alcé una mano en señal de saludo, pero volvió la cabeza para no verme.

Mientras tomaba un café y vigilaba la puerta del precinto me distraje observando a Chariton.

Era un tipo imponente. Medía muy cerca de los dos metros, era de constitución atlética y vestía con muy buen gusto, aunque quizá con un estilo demasiado juvenil.

Chariton tenía muchos intereses en Chelham, aunque no vivía allí, sino en una alejada zona residencial, salpicada de villas y *bungalows*.

Tenía una participación del treinta por ciento en la fábrica de accesorios Graven. En Chelham poseía también el hotel Clifford, la

empresa de pompas fúnebres Last Destiny y el cincuenta por ciento del supermercado Garrett.

Según había podido comprobar unos momentos antes, Milton Chariton no había terminado olvidando «aquello».

Y «aquello» era ni más ni menos el hecho de haberle encontrado en casa de Gipsi Collins, uno de los prostíbulos más refinados de la calle Monroe.

Había organizado la redada con plena autorización del capitán Hilem, si bien la iniciativa había partido de mí, alarmado por el desarrollo que estaba alcanzando la prostitución y las drogas en el barrio.

En la bella y lujosa residencia de Gipsi Collins encontramos a algunos menores de ambos sexos.

Y también a Milton Chariton, el potentado, que, como ustedes muy bien pueden imaginarse no había ido a casa de Gipsi a rezar el rosario.

Como fui yo personalmente el que sorprendió a Milton en una de las habitaciones «de placer» en compañía de la propia y sofisticadísima Gipsi, Chariton nunca me perdonó la humillación subsiguiente.

Su nombre fue anotado en las listas de la policía e incluso tuvo que comparecer ante el juez, si bien la autoridad judicial se limitó a reprenderle suavemente.

Pensando en Chariton, que seguía de espaldas a mí, recordé que también la estación de servicio de North Road le pertenecía.

Un pensamiento me llevó a otro: Gene Brando, el hombre que había intentado coserme a balazos con una metralleta la noche anterior, trabajaba en la gasolinera de Chariton.

¿Guardaba alguna relación Chariton con el atentado de la noche anterior?

Chariton se marchó, algunos minutos después, sin siquiera mirarme.

Estuve en Hole hasta la una del mediodía. Y puedo afirmar que era la primera vez que contemplaba a mis camaradas de profesión ocupados de lleno en el trabajo.

Hamtop y Nathan salieron y entraron una docena de veces. Y también el teniente Weels parecía demostrar una actividad insólita en él.

El movimiento de coches policiales alrededor del precinto fue muy intenso durante las horas que permanecía avizorando en Hole.

Aquello me dio que pensar: ¿Por qué tanto interés en la policía por aquel caso, cuando estaba acostumbrado a contemplar su haraganería habitual?

El motivo, y justificado plenamente, era el siguiente: un antiguo policía había muerto asesinado: Andy Yates.

El segundo motivo que se me ocurrió no era ya tan justificado: Weels, Hamtop, Nathan e incluso Chrisler, tenían interés es demostrarme que «ellos también» eran detectives y sabían hacer su trabajo.

Pero se me ocurrió imaginar, igualmente, que todos me guardaban antipatía o rencor, y que alguien les estaba presionando para que Luke Boldini fuera detenido y castigado. Quizá pretendiesen dañarme con ello...

A la una abandoné Hole y salí a la calle. Tenía la intención de dirigirme al domicilio de Gene Brando, que había averiguado gracias al listín telefónico. Tenía la esperanza de hablar con su mujer y averiguar algo de forma discreta.

Comoquiera que las distancias en Chelham suelen ser de cuatro a seis kilómetros, utilicé mi coche.

La casa del difunto Brando estaba situada junto a la vía férrea, una casa gris, sin porche y con ventanas excesivamente pequeñas. La puerta estaba cerrada y nadie respondió a mi llamada.

En la casa próxima apareció el rostro de una mujer asombrosamente gruesa.

Anduve, hasta llegar junto a ella y le pregunté amablemente por la señora Brando.

—¿No se ha enterado? Gene Brando ha muerto —dijo la gorda, tan abundante en palabras como en grasa—. El y un tipo llamado Mellish se mataron anoche en el vertedero de basuras. ¡Qué bárbaro, amigo! Al parecer, según dijo el policía que vino a dar la penosa noticia a Glenda Brando, fue una pelea a lo bruto. ¡Imagínese que emplearon una apisonadora y un *bull-dozer* para matarse mutuamente! Mellish tenía mal carácter, todo el mundo lo sabía. Por su parte, el pobre Gene parecía muy preocupado últimamente. ¡Y tenía razón, porque tenía su casa hipotecada! Una deuda de unos setecientos dólares que no podría pagar aunque

siguiere trabajando hasta los ochenta años. Créame, amigo mío, las gentes de este lugar son...

Detuve su verborrea con un gesto y pregunté:

—¿Quién era Mellish?

—¿Mellish? ¡Menudo gandul! Un muchacho alto y fuerte, incluso inteligente y atractivo, pero un holgazán donde los haya. No le gustaba trabajar. Por eso estaba en el vertedero de basuras, como conductor de una de esas máquinas...

La dejé con la palabra en la boca, porque su conversación era interminable, y volví a mi coche.

Para entonces ya sabía algunas cosas más. Por ejemplo, que Mellish era el individuo que conducía la noche anterior la *bulldozer* con que trató de convertirme en pasta para abonar jardines.

El cheque de mil dólares que Brando guardaba en su cartera, suponía, sin duda, el pago de un hecho delictivo.

Brando tenía problemas económicos y los había solucionado por las bravas: empuñando una metralleta para espantar curiosos de los alrededores del vertedero municipal de basuras.

Me preguntaba ahora si Mellish y Brando eran los cómplices de Luke Boldini en el atraco.

Decidí comprobarlo, pero por el momento tenía más interés por investigar otra cosa.

Conduje despacio hacia el centro de Chelham y detuve mi coche en la zona comercial.

Perdí media hora en deambular por las tiendas. Finalmente, cuando iba a darme por vencido, encontré lo que buscaba en el supermercado Garrett.

Allí, en la sección de artículos de viaje, contemplé las hileras de bolsas deportivas de plástico con el rótulo «Münich 73».

Miré a mi alrededor y vi a la vendedora encargada de la sección. Una bella muchacha muy morena, de exóticos rasgos aztecas, por lo que supuse debía ser mexicana.

Pregunté innecesariamente por el precio de aquellas bolsas y me dijo que valían tres dólares.

Miré y remiré la que tenía en mis manos y dije:

—Es baratísimo. A este precio, debe vender muchas al cabo del día, ¿verdad?

—Es cierto, señor. ¿Quiere una o dos?

—¿Hay quien se lleva dos o... tres? —pregunté rápidamente—. ¿Recuerda a alguien que haya comprado recientemente tres de estas bolsas?

Ya iba a hablar, cuando cambió de expresión y miró a mi espalda. Me volví rápidamente, pero había mucha gente y no pude ver a la persona a la que miraba la chica mexicana.

—No voy a llevarme ninguna bolsa —dije, espiando su expresión—. Pero me gustaría charlar con usted e invitarla a una copa. ¿Puedo?

Sonrió tímidamente y terminó aceptando:

—A las ocho. Vivo en Cabo Street. Frente a mi casa hay un club de baile. Puede esperarme en los alrededores —dijo.

Salí del supermercado con la extraña sensación de que alguien me vigilaba, pero aunque me detuve varias veces ante un escaparate, no pude ver nada anormal.

Fui a casa de Valery a las dos.

La encontré demacrada y nerviosa, pero incluso así sonrió débilmente.

—¿Nada?

—Nada.

Me dijo que el teniente Weels la había invitado a responder a unas cuantas preguntas relacionadas con Luke.

—Dejó entender claramente que Luke había conseguido huir muy lejos de la ciudad, probablemente con destino a Sudamérica, que si podía darle alguna dirección de familiares nuestros en Italia o en cualquier país. Finalmente, se fue.

—¿No dijo que habían descubierto el *jeep* que compró Luke? —pregunté con interés.

—No. ¿Es cierto, Ron? ¿Apareció el coche?

—Sí. En el vertedero de basuras...

Se lo conté todo. Valery pareció más serena cuando la convencí de que el cadáver de su hermano no había sido hallado en el vertedero.

Salí de su casa a las cuatro. Faltaban cuatro horas para mi cita con la vendedora del supermercado Garrett.

Yo tenía grandes esperanzas en que aquella entrevista me aclarase algunas cosas. Por ejemplo: el nombre de la persona o personas que habían adquirido por aquellos días tres bolsas

deportivas.

Había algo que me inquietaba: ¿Por qué había ocultado el teniente Weels que el *jeep* de Luke había aparecido?

Mis pesquisas iban orientadas a comprobar si Mellish y Brando podían ser los compañeros en el atraco al Banco Bradford.

Oscar Jordan me aclaró lo de Mellish: aseguró que su compañero de trabajo en el vertedero había permanecido con él entre las ocho y las nueve, en una cervecería.

Entonces alguien le había llamado por teléfono y se había despedido.

Mellish, por tanto, no podía haber participado directamente en el atraco.

En cuanto a Brando, para hacer la comprobación sólo tuve que acercarme a la estación de servicio de North Road y rellenar de gasolina mi tanque.

El muchacho que me atendió, Fred Temple, contestó sin dudar a mis palabras.

—Estaría aquí, si no hubiera muerto. El turno de Gene era de las tres de la tarde a las diez de la noche. ¿Que si estuvo aquí durante las siete horas? Desde luego, yo estaba con él. Hago el mismo turno —dijo.

Conclusión: ni Gene Brando ni Richard Mellish habían tomado parte en el atraco.

Volví hacia el centro. A las ocho menos cuarto me detenía en la calle Cabot.

El club de baile al que se había referido la chica mexicana era una *boîte* llamada Twenty-Years. Calculé que el domicilio de la joven sería el antiguo edificio de cuatro plantas que se alzaba enfrente.

Pronto empecé a impacientarme. A las ocho y media la chica no había aparecido. A las nueve crucé la calle y subí los cinco peldaños de la casa de enfrente que daban acceso a la entrada.

En la puerta había una placa de plástico que anunciaba el nombre de una pensión, instalada en la segunda planta.

Subí a la pensión y llamé. Salió a abrirme una anciana de cabellos grises y expresión simpática.

—Busco a una joven mexicana —dije—. Estábamos citados para las ocho.

—¡Ah!, sin duda se refiere a Dolores Arias. Lo siento, señor, pero me temo que su cita tendrá que esperar.

Me invitó a pasar, muy amable. Tenía una vivienda modesta, pero muy limpia y acogedora.

Me explicó que Dolores había vuelto a la pensión desacostumbradamente temprano.

—A las seis. Me dijo que había recibido una llamada urgente avisándole que su madre, que vive en California, estaba muy grave. Le habían dado permiso por unos días en el supermercado donde trabaja. Desde aquí mismo, encargó un pasaje para el avión de Los Ángeles...

—¿A qué hora partía el avión? —pregunté rápidamente.

—A las nueve. Se despidió de mí con lágrimas en los ojos. Me dio la impresión de que no iba a volver, ¿sabe? Metió en dos maletas todos sus vestidos, sus libros y...

Me despedí de la buena señora a toda prisa y arranqué como un loco camino del aeropuerto, distante dieciocho kilómetros de Chelham.

Llegué tarde.

El *jet* a Los Ángeles llevaba ya tres minutos en el aire, con dirección al Sudoeste. Había perdido la oportunidad de conocer la identidad de la persona que había comprado tres bolsas deportivas en el supermercado Garrett.

CAPÍTULO VI

Transcurrió toda una semana sin que se produjese la menor variación.

Una semana de angustiosa tensión para Valery y para mí, que nos preguntábamos constantemente dónde podía estar Luke.

De repente, Valery dijo aquello:

—Luke ha muerto.

Me volví hacia ella de un respingo, con el estupor reflejado en mi rostro.

—¡Valery! —exclamé—. ¿Cómo se te ocurre pensarlo? Por supuesto que Luke está vivo, aunque metido en un buen embrollo.

Pero ella negó otra vez. Estaba muy pálida y su expresión era lejana y distante.

—No. Ha muerto. Lo sé. Me lo dice mi corazón y mi cerebro, Ron —insistió, tenaz.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir con ello? Sé lo que es una corazonada, pero a menudo...

—No se trata sólo de una corazonada, Ron. Luke tenía ciertos hábitos. Por ejemplo, si no venía a casa jamás dejaba de telefonarme, advirtiéndomelo. El confiaba absolutamente en mí. E incluso si fuera culpable, aunque estoy absolutamente segura de que es inocente, recurriría a mí. Si no se ha comunicado conmigo a lo largo de ocho días, es porque ha muerto.

Intenté tomarme a broma su premonición.

Pero Valery estaba terriblemente seria. Sus ojos estaban húmedos.

—Luke había cambiado mucho en los últimos tiempos —dijo—. Con mucho tacto, había procurado aprovechar sus aficiones para encarrilarle en el trabajo. Luke es un apasionado de las carreras de velocidad. Le encanta la mecánica, los automóviles... Si tenía ilusión por comprar ese trasto, era con la idea de trucarlo y

prepararlo para una competición de prototipos en Harneysville.

Poco después sonó el teléfono.

Mi sorpresa no tuvo límites cuando Valery, que había atendido la llamada, me ofreció el aparato diciendo:

—Es para ti. Se trata del capitán Hilem.

Bstaba dominada por la ansiedad, imaginando que se trataba de algo relacionado con Luke. Y así era, aunque indirectamente.

—Soy Ron Davis —anuncié a través del teléfono—. ¿Qué tripa se le ha roto?

Hilem lanzó una exclamación poco ortodoxa y añadió:

—¡Al fin! —exclamó, impaciente—. Llevo una hora tratando de localizarle. He llamado a su domicilio hasta que se me ha calentado el dedo índice.

—¿Y bien? —le interrumpí.

—Necesito verle inmediatamente.

—No se moleste, capitán. Estoy dedicado a mis asuntos. Como usted sabe muy bien, se me concedió el permiso anual, sin que yo lo hubiese solicitado. Ahora pienso disfrutarlo hasta el último día.

Por segunda vez, Hilem pronunció una palabrota. No obstante, antes de volver a hablar su tono se había dulcificado.

—Está bien, está bien... —dijo, conteniéndose—. Ya sé que me dejé llevar como un estúpido por las indicaciones de Weels...

—Indudablemente —apunté, sarcástico.

—¡Al diablo! Tengo que verle ahora, sargento. Preséntese en mi despacho.

Debió parecerle demasiado enérgica la orden, porque en seguida añadió:

—Por favor.

—Está bien. Iré a verle. Pero no me comprometo a nada —respondí.

Colgué. Valery me tomó las manos y me las oprimió, con un gesto interrogante.

—No es nada importante, cariño. Hilem me necesita. Espérame, me comunicaré contigo en cuanto pueda.

Me besó fugazmente y me acompañó hasta la puerta.

—Ahora estoy más tranquila —dijo con coraje—. Sin embargo...

Sabía que se refería a su presentimiento de que Luke había muerto. Sentí un escalofrío y me marché.

Dejé mí «Ford» justamente a la altura de, la puerta principal del precinto policial.

Atravesé el pasillo y crucé ante el cuerpo de guardia sin saludar a Ruckles, que torció el ceño al advertir mi presencia.

En las oficinas de Homicidios estaban Weels, Hamtop, Chrisler, Gating y Nathan. Es decir, la plantilla al completo.

Aunque la puerta estaba abierta, no me detuve a saludarles. Era lo menos que podía hacer para demostrarles mi indiferencia.

Hilem farfulló un saludo en cuanto penetré en su despacho. Era un hombre bajo, macizo, con el rostro eternamente enrojecido, propenso a la congestión.

—Siéntese, Ron. He decidido suspender su permiso y encargarle el caso que lleva el teniente Weels —anunció sin preámbulos.

—¿Se refiere al atraco del Banco Bradford? —pregunté, burlón.

—¿A cuál otro podría ser? —exclamó—. La verdad es, sargento, que nada hemos avanzado desde que encontraron a Yates y a Warrens. ¿Qué dice?

—Me haré cargo —decidí—. ¿Debo contar con Weels?

—Oficialmente no puedo dejarle fuera del caso, pero de hecho es usted en quien confío. Se relacionará directamente conmigo, Ron. Puede empezar ahora mismo. Escuche, le pido como favor personal que solucione este caso. Arriba me están poniendo las cosas difíciles. ¿Tiene alguna idea?

Sonreí.

—Un verdadero arsenal de ideas —respondí. Y alzando la mano en señal de saludo, salí de su despacho.

Me entrevisté con Weels durante unos minutos. Se le notaba ofendido, humillado y receloso.

Le pregunté si habían encontrado el *jeep* de Luke Boldini y negó con la cabeza.

A las once de la mañana subí a mi coche y me dirigí al vertedero de basuras por la North Road.

El sargento Hamtop, mi más ferviente admirador y camarada de antaño, me había explicado por encima su versión del suceso del vertedero.

—El vigilante de la maquinaria, Sufford, que habita en una chabola de chapa, nos avisó por teléfono que había oído disparos. Fuimos allí y descubrimos los cadáveres de dos hombres, Brando y

Mellish. Supusimos que había surgido alguna rencilla entre ellos. Parece ser que Mellish aplastó bajo una apisonadora a Brando. Accidentalmente, la *bulldozer* con la que lo hizo, cayó por el terraplén y la cabina se destrozó. Mellish quedó atrapado allí.

Como yo estaba seguro de haber acertado a Mellish con mis disparos, insistí:

—¿Se les hizo la autopsia?

—Era imposible. Brando estaba... Bueno, destrozado. La causa de su muerte era obvia —dijo Hamtop como si no hubiera mayor verdad sobre la tierra—. En cuanto a Mellish, la *bull-dozer* se incendió. Quedó carbonizado.

¿Era probable que se incendiara aquella máquina, movida por un motor a gasoil? Normalmente, el gasoil no suele inflamarse con facilidad.

Me encogí de hombros. Brando y Mellish eran, en cualquier caso, peones de escasa importancia en aquel embrollo por descifrar.

Por otra parte, yo era la única persona que conocía el motivo de su muerte: las balas de mi revólver. Todo lo demás, casualmente, había venido a ocultar mi intervención, lo que me convenía.

En el vertedero había una gran actividad cuando llegué.

Oscar Jordan trabajaba con una máquina distinta, puesto que la suya estaba en un hoyo, destrozada y carbonizada.

Subí con mi coche hasta donde me fue posible y me entrevisté con Jordan.

Mientras fumábamos un cigarrillo, le dije como de pasada que el *jeep* de Luke Boldini no había sido hallado por la policía.

Me sorprendí mucho al oír su respuesta:

—Lo he pensado bien y creo que también por mi parte fue toda una alucinación —fue su asombrosa declaración—. Aquella noche había bebido unas copas de más. El alcohol y mi sugestión por la noticia del atraco hicieron el resto.

Le miré a los ojos. Pero él rehuyó los míos.

Dio una disculpa y volvió a su máquina. Pero antes de que lo hubiera conseguido, le detuve por un brazo con fuerza.

—Le han asustado, Jordan, ¿no es cierto? —dije, espiando su expresión.

Había dado en el clavo. Tenía miedo, pero ¿por qué?

—Lo siento, sargento. Pero no puedo decirle más. Por favor,

suélteme —suplicó.

Le solté. Pero antes de que subiera a la máquina, dije:

—Yo, por el contrario, estoy completamente seguro de que el *jeep* está aquí, Jordan.

Subí a la plataforma superior. Naturalmente, el hoyo había sido rellenado, allanada la superficie y perfectamente apisonada.

Bajé hacia la chabola de Sufford. Estaba seguro de que allí había un teléfono.

Sufford me dejó entrar en cuanto le mostró mi documentación. Llamé a Hilem y le dije que necesitaba una autorización del Municipio para realizar cierta operación en el vertedero.

Se mostró muy sorprendido y quiso saber detalles, pero me disculpé diciendo que todavía no estaba seguro de lo que iba a encontrar.

—No se mueva de ahí, Ron. Le enviaré el documento —prometió.

A las doce, el capataz de las obras estaba dispuesto a seguir mis indicaciones.

—Utilicé un par de palas para descubrir esta zona —ordené.

Fue un trabajo laborioso que duró hasta las cuatro de la tarde. A esa hora, las máquinas habían abierto una regular zanja descendente de diez metros de profundidad.

Poco después apareció el *jeep*. Los obreros que rodeaban el lugar comenzaron a hacer comentarios.

El *jeep* fue izado con un cable de acero. En el hueco que quedó, comencé a hurgar entre la basura, simulando que buscaba y encontraba algo. Era la forma de poder exhibir oficialmente los fragmentos de billetes que yo tenía en mi poder.

Estuve en el vertedero hasta que llegó Hilem, acompañado del teniente Weels y el sargento Hamtop.

Por supuesto, su sorpresa fue grande al contemplar el *jeep*, aunque Weels y Hamtop lo disimularon lo mejor posible.

—Hay también restos carbonizados de las bolsas que emplearon los atracadores para llevarse el dinero e incluso algunos billetes chamuscados —añadí para Hilem.

El capitán lanzó una exclamación admirativa.

Weels, por el contrario, se encaró conmigo y dijo en tono muy desagradable:

—Me gustaría saber cómo ha realizado este descubrimiento en plazo tan corto, Davis.

—Suponga que es una corazonada. Por otra parte, yo tengo mis medios propios de deducción, teniente —contesté incisivo.

Weels se puso furioso. Adujo que él también llevaba el caso y...

Estuvo vociferando hasta que Hilem se encaró con él y dijo:

—Cállese, teniente. O tendré que recordarle que usted no consiguió nada en una semana, mientras Davis ha obtenido un indicio en pocos minutos.

Me preguntó a continuación qué pensaba yo hacer con el coche.

—Aunque hay pocas posibilidades de que encontremos huellas, creo que lo mejor es llevarlo al precinto, procurando que nadie lo toque. Una grúa se encargará de ello. El departamento de dactiloscopia puede hacer lo demás.

Estuvimos en el vertedero una hora más. Se me había metido en la cabeza la necesidad de ahondar por los alrededores.

Me sentía muy nervioso mientras las máquinas proseguían el trabajo.

Porque, a decir verdad, lo que esperaba encontrar allí, aparte del *jeep*, era un cadáver.

El cadáver de Luke Boldini.

Las máquinas limpiaron todavía una extensión de unos cien metros cuadrados, que profundizaron otros dos metros, hasta que dieron con el fondo rocoso del barranco.

Suspiré con alivio cuando ordené que detuvieran la excavación: la premonición de Valery no se había cumplido... por el momento.

Como había supuesto, los expertos en huellas no tuvieron mucha suerte con el *jeep*.

Lograron aislar algunas huellas, aunque borrosas.

Mi informe de aquella tarde al capitán Hilem no dejó de impresionarle.

—Ninguna de las huellas encontradas en el *jeep* corresponden a Luke Boldini. ¿No es eso extraño?

Naturalmente, Hilem adujo lo mismo que yo estaba pensando: que los atracadores habían utilizado guantes.

—De todas formas —argüí— no me parece razonable que un chico como Luke, ansioso por poseer un coche, fuese tan meticuloso como para borrar todas sus huellas. El muchacho tuvo que mirar y

remirar el *jeep* por todas partes, como haría cualquiera que tuviera afición a esos cacharros.

Ahora ya no creía tan ciegamente en la culpabilidad de Luke Boldini.

Pensé que sería interesante averiguar si los atracadores habían utilizado guantes.

La única persona que podía ayudarme a salir de dudas era Hal Warrens, el gerente de la sucursal del Banco Bradford.

Sabía por Hilem que el Banco había sido restaurado y Warrens se había reintegrado a su trabajo. De modo que me dirigí, solo, a Anson Row.

No sonrió con burla ahora, como había hecho en anteriores ocasiones. Por el momento parecía muy amable y cordial para conmigo.

Cuando le hice la pregunta de los guantes, pareció desconcertado.

—Pues... Déjeme pensar. Sí, debían llevar guantes, aunque no puedo recordarlo con certeza —respondió, nervioso.

Le di las gracias y salí de allí.

¿Era posible que Warrens no pudiese recordar algo tan notable? Los atracadores le habían empujado y zarandeado, les había tenido muy cerca, les había visto «limpiar» la caja... ¡y no podía recordar si llevaban guantes!

Claro que se encontraba medio cegado por las lágrimas y debía sentirse muy desconcertado. Pero...

Ya me disponía a maniobrar con el coche para dar la vuelta, cuando recordé al viejo Wallace.

Hacerle algunas preguntas relacionadas con su declaración no estaría de más.

Seguí hacia el cruce de la calle Monroe, en cuya esquina solía situar Wallace su carrito de chucherías.

No vi el puestecillo, ni tampoco a Wallace.

Pregunté a unos chiquillos que jugaban al béisbol en el cercano solar. Uno de ellos afirmó:

—Hace muchos días que no viene el viejo Jim. Dicen que acertó una quíntuple y ha ganado mucho dinero. Ya no le interesa vender caramelos, ¿comprende?

Pueden imaginarse mi sorpresa. Wallace convertido de la noche

a la mañana en un hombre rico.

Estando ya en Monroe Street, decidí que no debía dejar la entrevista con Wallace para más tarde.

Seguí adelante y me detuve medio kilómetro más allá, ante una tienda en la que el propio Wallace estaba supervisando la colocación de una muestra nueva, de metal, que anunciaba que aquélla era la repostería Wallace.

Bajé del coche y golpeé amistosamente su espalda. No pareció gustarle mi demostración de «afecto», pero sonrió cuando le felicité:

—Enhorabuena, Jim. Oí decir que acertó una quíntuple en las carreras de caballos.

—Oh, fff —respondió con su habitual tono farfullante—. Fue un buen golpe. He cobrado diez mil dólares. ¡Yo siempre dije que un día me llevaría un buen pellizco! ¡Y aff ha fido...!

—Me alegro, Jim. Usted lo merecía... probablemente. En cuanto al atraco de Anson Row...

Se puso de puntas inmediatamente. Su cara estrecha, arrugada, se tensó levemente.

—Ya le dije lo que tenía que decir —gruñó, malhumorado, dándome la espalda y simulando que se ocupaba de dirigir la colocación de la muestra sobre su flamante negocio.

Le tomé por un brazo y le obligué sin violencia a que se volviera.

—Escuche, Wallace. Sospecho que prestó un falso testimonio —dije con gesto severo—. Usted no tiene una vista de águila precisamente. El *jeep* pasó a gran velocidad, a más de treinta metros del lugar donde ponía su carrito. ¿Quiere decirme que podría reconocer a alguien en tales circunstancias?

—¡Déjeme! —empezó a gritar el viejo, escandalizado—. No tiene derecho a maltratarme.

—Es un mentiroso, Wallace. ¿Podría leer las letras pequeñas de ese rótulo? —le desafié.

En el ángulo superior izquierdo de la muestra que estaban colocando los dos obreros, se leía en letras de una pulgada de altura las palabras Behame & Bartley Co. Era la empresa que había realizado el rótulo.

Inconscientemente, Wallace dirigió una mirada hacia allí, pestañeando muy aprisa. Intentó leerlo.

—Puef... puef... ¡Al diablo! —Gruñó malhumorado—. No tiene derecho a importunarme. ¡Ef un abufo! ¡Un ultraje!

Alzaba la voz a propósito, porque alrededor de nosotros se habían reunido algunos curiosos, entre ellos algunos mozalbetes fichados por la policía.

Logré acallar sus gritos y dije:

—Tendrá que venir conmigo, Wallace. Voy a interrogarle en el precinto.

Acompáñeme.

Perdió el color al oír mis palabras. Pero se rehízo en seguida.

—¿Vaif a permitir que un sucio policía martirice a un pobre anciano como yo? —chilló, haciendo visajes.

Se dirigía, desde luego, a tres muchachos blancos y a dos negros que me miraban ya amenazadoramente.

De repente, alguien saltó sobre mí y me derribó. Un griterío agudo se elevó entre la chusma.

El hombre que me había derribado era pesado y macizo. Me mantenía bien sujeto en el suelo y esperaba que los demás le echasen una mano para darme un «escarmiento».

Uno de los negros fue el primero en dirigirme una patada al pecho. Apuradamente conseguí interponer una pierna y cayó sobre mí.

En su caída debió golpear al hombre que me sujetaba, porque noté como en seguida se aflojaba un tanto la presión de sus brazos.

Moví con fuerza el codo derecho y se lo hiqué en el hígado. Otro mozalbete que volaba ya los por aires con la sana intención de aplastarme, cayó pesadamente al suelo y lanzó un alarido de dolor.

Entonces reconocí a Bob Prentis, que intentaba alzarse del suelo a toda prisa. Era el hombretón que me había derribado por la espalda.

Prentis era un haragán, un «parado» a perpetuidad. Había visitado varias veces el precinto, acusado de promover desórdenes, de borrachera y otras faltas.

Decidí que en esta ocasión *se le había caldo el pelo*.

Estaba de rodillas, a medio levantarse, cuando le golpeé con mi rodilla en la mandíbula.

Sonó un chasquido muy desagradable. Prentis chilló de dolor y cayó de espaldas.

Antes de que hubiera podido recuperarse, me había inclinado sobre él y asegurado sus muñecas con esposas.

—Levántate —le ordené, conteniendo la ira—. ¿Es que tenías ganas de ir a parar a una celda, estúpido?

Tuve que ayudarle a incorporarse. No podía hablar. Mi rodillazo le había sacado la mandíbula inferior de su sitio.

Miré a mi alrededor y advertí que tanto el viejo Wallace como los «provocadores» que habían intervenido a ruegos del anciano habían desaparecido.

Desde un balcón próximo, unas jovencitas ligeras de ropa me dirigieron insultos capaces de sonrojar a una verdulera.

Llevé a Prentis al despacho del capitán y expliqué a Hilem lo ocurrido.

—Esperemos que Prentis quiera explicarnos por qué lo hizo. Usted sabe que atacar a un policía supone un delito grave. ¿Qué le impulsó a hacerlo? —preguntó Hilem.

Empezó negando su agresión. Terminó diciendo que Wallace le había contratado como guardaespaldas.

—Además, no le reconocí hasta que le tuve en el suelo, sargento —afirmó.

Me eché a reír ante tamaño descaro.

Hilem parecía muy intrigado.

—¿Dice que Wallace le contrató como guardaespaldas? ¿Qué necesidad tenía él de protección privada?

—No lo sé —respondió Prentis—. Pero sé que tenía miedo. Me prometió cien semanales si permanecía siempre cerca de él. Yo mismo me di cuenta: el viejo estaba aterrado.

Hilem me miró con intención.

—¿Qué piensa de ello, sargento?

—Voy a llevar a Prentis a una celda. Si compruebo que ha dicho la verdad, saldrá bien librado con una multa de cien dólares —respondí.

Volví unos minutos después al despacho del capitán, tras entregar a Prentis al vigilante del departamento celular del precinto.

—¿Cree que ha dicho la verdad? —preguntó el capitán.

—Es posible. Prentis es un bruto poco inteligente. Le tendré encerrado hasta que consiga realizar cierta comprobación.

—¿De qué se trata?

Le hablé de la increíble suerte de Jim Wallace. Mi idea era comprobar si era cierto que había acertado un boleto quíntuple.

En Chelham sólo trabajaba un *bookmaker*[1], Alex Griffith.

Griffith es todo lo honrado que puede serlo un vecino del barrio de Chelham, desde luego.

Confiado en que lograría de él la verdad, le busqué a lo largo de los bares, boleras y gimnasios del barrio.

Le encontré en el bar del hotel Clifford, rodeado de sus clientes habituales.

Cuando les hubo despachado, me acerqué a él y le saludé. Luego fui al grano:

—Usted recoge las apuestas del viejo Wallace —dije.

—Ah, se trata de eso. Suponía que iba a ocurrir, antes o después.

—¿A qué se refiere?

—Al capricho del viejo. La gente se burla de él porque jamás acierta en las carreras. Me pidió, por favor, que no le descubriese si aseguraba que había acertado una quíntuple. Era, según él, para callar a los envidiosos que se reían de él cada sábado. Me pareció un capricho inocente y accedí: rae limitaría a no descubrir su mentira —confesó.

—Usted acaba de decir que sospechaba que la policía le haría preguntas. ¿Por qué? —pregunté.

—Pues verá. Vi anteayer a Wallace. Ha comprado una tienda que vale ocho mil dólares, ha abandonado su carrito de chucherías, lo que quiere decir que ha obtenido dinero Dios sabe cómo. El viejo me engañó, créalo, sargento.

—Está bien. Podría detenerle por esto, Griffith, y usted lo sabe. Pero no voy a hacerlo.

Procure en adelante no prestarse a ciertos «caprichos inocentes».

Me dio las gracias y abandoné el hotel Clifford.

Decidí regresar a Monroe Street inmediatamente. Ahora estaba seguro de que Wallace había prestado falso testimonio en relación con Luke Boldini.

Dejé mi coche a unos doscientos metros de mi objetivo, con el fin de no encontrarme a la vuelta con la desagradable sorpresa de unos neumáticos rajados o algo semejante.

Wallace vivía muy cerca del lugar donde había adquirido su

tienda.

La puerta estaba cerrada con llave y nadie contestó.

«Volverá», pensé, confiado.

Desde una cervecería cercana estuve esperando una hora. Pero Wallace no volvió.

No habríamos de encontrarle hasta la madrugada.

A las dos, el teléfono me despertó.

Era Gatting.

—Acaba de avisarnos el vigilante nocturno de un edificio en construcción de Waterbury. El hombre se llama Burton y dice que ha encontrado el cadáver de un hombre en el almacén de materiales próximo a la obra.

—Está bien, voy para allá —respondí.

Cuando llegué al precinto diez minutos después, Gatting me dijo que el sargento Hamtop había salido hacia Waterbury, un llano situado al sur.

Hice el trayecto en otros diez minutos y frené junto al coche de la policía que habían empleado Hamtop y dos *caps*. Saludé brevemente a las cuatro personas que rodeaban el cadáver y me incliné.

Era Wallace, sin lugar a dudas. Tenía el chupado rostro descolorido y apestaba a *whisky*.

Su muerte, entonces, me pareció normal. No tardaría muchos días en comprender que se trataba de un asesinato.

CAPÍTULO VII

¿Para qué mentirse a sí mismo? Cuando Prentis saltó sobre el sargento Ron Davis y le derribó, Wallace deseó fervientemente que los muchachos interviniesen en el jaleo de forma que Davis dejase de ser una amenaza para él.

Pero cuando vio que Davis se deshacía fácilmente de Prentis, Wallace comprendió que las cosas comenzaban a torcerse.

Apresuradamente arrastró su pierna rígida a lo largo de la acera y penetró en el portal de su casa.

Suspiró, aliviado, al ver que el sargento Davis empujaba ante sí a Prentis y ambos se alejaban en un «Ford» convertible.

Tenía que alejarse de Chelham, era la única solución. Por una parte estaba la policía, por otra...

Se maldijo sordamente. ¿Por qué había tenido que invertir parte de los diez mil dólares en comprar la tienda?

Podía recurrir a Burt Parker, el abogado. Parker conocía muchas artimañas y sabría cómo venderle la tienda sin inspirar, sospechas.

Se levantó. Estaba decidido.

Sacó los tres mil dólares de un florero, se puso su mejor chaqueta, metió algunas viejas prendas en una maleta muy usada y salió a la calle.

Evitó Monroe Street y se alejó por un callejón llamado Elsword Lane. No había alcanzado la parada del autobús, cuando un automóvil frenó a su espalda.

—¡Eh, Jim! —gritó alguien—. ¿Quieres subir?

Wallace retrocedió arrastrando su pierna y miró, desconfiado, a través de la ventanilla.

Reconoció inmediatamente a Dave y Slim. Y, en consecuencia, respingó y trató de alejarse.

Fue inútil, porque Slim tenía la portezuela entreabierta y le agarró por un brazo antes de que Wallace, con su inservible pierna

rígida, pudiera ponerse lejos de su alcance.

De un tirón, Slim arrojó al viejo sobre el asiento trasero. Se sentó junto a él y Dave arrancó violentamente, haciendo rechinar los neumáticos sobre el pavimento.

—Así que te marchabas, ¿eh? —rió Dave, sin volver la cabeza—. Te marchabas sin despedirte de los amigos.

—¿Adónde... adónde me llevaiff? —preguntó Wallace, desencajado.

—¡Oh, no tienes que preocuparte, querido Jim! Cierra los ojos, recuéstate muellemente, duerme un poco y... despertarás ante el jefe. Visto que te marchas, hemos decidido por ti que lo decente es darle las gracias, besar su mano y despedirte —dijo Slim.

Sacó de un bolsillo un revólver, envolvió la culata en un pañuelo y golpeó brutalmente al anciano en la cabeza.

Rieron a grandes carcajadas.

Entretanto, acababan de alcanzar una carretera solitaria y se aproximaban a Waterbury.

Dave torció el volante y enfiló un caminito bordeado de yerbajos. Un kilómetro más allá frenó ante un viejo galpón que había sido garaje.

Bajó, abrió el candado que aseguraba el portalón, y volvió al coche que introdujo a velocidad excesiva dentro del garaje.

Había dos o tres viejos vehículos dados de baja, dos pilas de neumáticos desechados y un banco de herramientas, además de un foso cubierto por tablonés.

Mientras Slim cerraba el portalón, Dave bajó a Wallace del coche y lo llevó hasta un sillón desvencijado, donde lo obligó a volver en sí por el drástico procedimiento de arrojarle sobre la calva cabeza un cubo de agua fría.

El anciano tosió violentamente y escupió un buche de agua.

Inmediatamente intentó ponerse en pie, pero Dave le devolvió a su asiento de un empujón poco amable.

—Tranquilo, tranquilo, viejo —runroneó Slim, acercándose—. Todo está bien. No te haremos ningún daño. Sólo tendrás que esperar hasta que venga el jefe. Después te llevaremos a dónde tú nos indiques.

—Eso es —asintió Dave—. Y en prueba de buena voluntad, te ofreceremos un trago.

Abrió un armario colgado en la pared, sacó una botella, la descorchó y la ofreció a Wallace.

A Wallace le gustaba el *whisky* con delirio. Ahora tenía la garganta seca y temblaba.

Tomó la botella y se bebió casi un tercio de su contenido de un largo trago.

Slim recogió la botella y se la llevó a los labios, aunque apenas bebió.

—¿Qué pasó, Jim? Vimos cómo un «poli» se llevaba a Prentis —comentó Dave.

—¡Tipo del diablo! —exclamó Wallace, más optimista después del largo trago—. Me dijo que yo había mentido al identificar a Luke Boldini, que iba a llevarme al precinto para interrogarme... Lancé a Ioff Chicoff contra él, pero Ioff tiene agallaf y dominó a Prentiff. Por eso...

—... decidiste largarte, ¿eh? Bien hecho —alabó Slim, dándole una palmada en la espalda—. Y oye, viejo: perdóname por el golpe, pero sé que ibas a gritar de un momento a otro. En prueba de desagravio, échate otro trago.

Wallace cogió la botella y volvió a beber con ansia.

Poco después, la botella se había terminado y Wallace empezaba a cabecear sobre el sillón, vencido por el sopor del alcohol.

Dave fue al armario y sacó otra botella.

—Bebe, viejo.

Wallace entreabrió los ojos y fue a coger por instinto la botella. Pero la rechazó de un manotazo.

—¡No! Ya estoy bastante. He bebido mucho. Mi estómago... digo mi estómago está ardiendo —gimoteó.

Entonces Slim agarró la botella de un manotazo e introdujo brutalmente el gollete entre las descamadas encías de Wallace.

El viejo se resistió con todas sus fuerzas, pero Dave y Slim le sujetaron sin piedad.

Finalmente, tuvo que tragar para no ahogarse. Sólo cuando la botella estuvo mediada, la retiró Slim.

Wallace puso los ojos en blanco y cayó de bruces pesadamente. Antes de que su rostro golpeará contra el duro piso de hormigón, Dave le alzó de un tirón.

—Será mejor que no nos pasemos de la raya, Slim —dijo Dave,

advirtiéndolo que el anciano parecía inconsciente—. Es el jefe el que debe decidir lo que haremos con él.

Las horas pasaron lentamente en el interior del garaje. De cuando en cuando, Slim abandonaba el asiento del coche para acercarse a Wallace y obligarle a trasegar un nuevo trago de *whisky*.

Al fin, cuando huyó la luz del día y Dave tuvo que encender la pequeña lámpara con pantalla que había sobre el banco de trabajo, del exterior llegó el rumor leve de un escape.

—El jefe —exclamó Slim, disponiéndose a abrir.

Dave apagó la luz de la pantalla y un estilizado automóvil penetró en el garaje.

Cuando estuvo cerrada la puerta, un hombre joven, muy elegante, bajó del «Toyota» y se aproximó al sillón que ocupaba Wallace.

—Está muy mal —dijo Dave, sonriendo—. Le hemos obligado a beber botella y media de *whisky*. Creo que si no recibe ayuda médica urgentemente, morirá.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó el recién llegado.

—No mucho —respondió Slim, riendo groseramente— estaba aterrado cuando le alcanzamos. Se disponía a huir. Incluso llevaba una maleta. Dijo que el sargento Davis le había acusado de prestar falso testimonio.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Dave, preocupado.

Sonó una sonrisa burlona en la oscuridad. La pantalla sólo alcanzaba a iluminar las piernas del hombre que observaba con extraña expresión a Wallace.

—¿Llevaba algo de valor encima? —preguntó.

Slim fue a contestar negativamente, pero Dave se adelantó.

—Tres mil dólares —dijo—. Los tiene Slim.

—Pon el dinero en el bolsillo del viejo, Slim.

—Pero, jefe, a Jim no le hará falta el dinero... probablemente —protestó Slim.

—Haz lo que te he dicho.

Slim obedeció, malhumorado.

—¿Y ahora...?

—Dadle otro trago al viejo. Que se beba el resto de la botella —ordenó la voz, fría como el mismo hielo.

Wallace se agitó como un pajarillo moribundo cuando el gollete de la botella fue introducido por la fuerza entre sus labios y el licor bajó, abrasándole, hasta su estómago.

Cuando la botella quedó vacía, Wallace inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil...

El hombre se acercó al anciano y tomó su pulso.

—Está muerto —dijo sin que su voz temblara—. Sacadlo de aquí y abandonadlo en cualquier descampado. Y no lo olvidéis: su maleta y su dinero deben estar con Wallace.

Cuando volví a casa a almorzar era la una del día siguiente.

Distraído en mis pensamientos, no me detuve a reflexionar sobre el hecho de que un empleado de la compañía de teléfonos estuviera encaramado sobre una escalera en el cajetín telefónico instalado sobre la fachada del edificio.

La verdad era que me sentía disgustado conmigo mismo por la lenta marcha de mi investigación.

No había conseguido nada. Nadie había visto a aquellos jóvenes, nadie había advertido la presencia de desconocidos en el barrio por la fecha en que se cometió el atraco.

Por lo demás, la muerte de Jim Wallace me había dejado deprimido. Porque aunque de forma remota, me consideraba culpable de su muerte.

El capitán Hilem se empeñaba en asegurar que Wallace se había emborrachado deliberadamente con la idea de morir.

—Temía ir a parar a la cárcel. Era viejo y no quiso correr el riesgo. Prefirió morir por intoxicación etílica, lo que concuerda con el resultado de la autopsia —había dicho.

Como quiera que yo me había pasado parte de la mañana recorriendo las tabernas, bares, cafeterías y restaurantes de Chelham, poseía fundamentos suficientes para rebatir aquella idea, aunque no pudiera aportar nada nuevo.

Lo cierto era que algunas personas habían visto cómo el viejo se alejaba arrastrando su pierna rígida hacia Elsword Lane. A partir de allí, nadie había vuelto a verle.

¿Debíamos admitir que Jim llevaba dos botellas de *whisky* en su maleta cuando abandonó su vivienda alquilada?

Por tanto, ¿qué? Nada. A partir de ahí, yo no tenía ninguna idea.

Mastiqué sin gran apetito un par de bocadillos y puse la cafetera

sobre el fuego, mientras trataba de poner en orden mis ideas.

Terminado el café, volví a la calle y me encaminé a Washington Garden. Necesitaba pasar un rato en la compañía de Valery si quería serenarme.

Cuando me abrió la puerta y la vi, un estremecimiento me corrió por la espalda.

—¿Por qué...? —pregunté.

Antes de que me respondiese, sabía la respuesta: Valery estaba ya absolutamente segura de que Luke había muerto y, en consecuencia, procedía como una hermana afligida.

Nos sentamos junto a la ventana que da al parque. Luego Valery me sirvió una copa de coñac.

Cuando intentaba sacar un cigarrillo del bolsillo interior de mi chaqueta, tropecé con un papel y lo saqué.

—Me gustaría saber quién firmó este cheque —dije, pensando en voz alta.

—Fulham —dijo Valery, detrás de mí, con toda seguridad.

Me volví, lleno de estupor.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Inmediatamente se sintió turbada.

—Bueno, George Fulham y yo mantuvimos relaciones durante unas semanas, hace ya mucho tiempo —confesó.

Para mí era la primera noticia. De modo que quise saber algo más. Y se lo dije.

—Nada importante, Ron. Fulham se encaprichó de mí. Creyó que iba a conseguir una aventura galante y fácil, pero yo no compartía sus puntos de vista. No le gustó. Incluso trató de someterme por la fuerza, aunque no lo consiguió. Sé que me odia. Y odiará a cualquiera que me demuestre simpatías.

Me impresionó conocer aquel pasaje de la vida de Valery. No quiero decir con ello que mi amor por ella perdiese intensidad, sino quizá todo lo contrario.

—Yo no le quise nunca, puedes creerme. Salía con él por orgullo. Era un hombre importante en Chelham y se había fijado en una mujer *de color*, como yo.

—¿Dices que estás segura de que esta firma es suya? —insistí.

—Sí. Me escribió unas cuantas cartas que nunca contesté. La firma es idéntica, no puedo equivocarme —respondió.

Cuando me separé de Valery media hora después, advertí con sorpresa que había otro empleado de teléfonos maniobrando en el cajetín de teléfonos del edificio.

—¡Eh, oiga! —grité, volviendo sobre mis pasos—. Soy Ron Davis, de la policía.

¿Quiere decirme qué hace subido ahí?

Se volvió hacia mí con gesto de extrañeza y respondió:

—Estamos tratando de localizar una avería en la línea. Lo que no acierto a explicarme es por qué me lo pregunta —contestó.

Ya iba a responderle con poca amabilidad, cuando me encogí de hombros y entré en mi coche.

Durante el resto de la tarde estuve pensando en aquel cheque de mil dólares, librado al portador, que encontrase en poder del difunto Gene Brando.

¿Suponía aquel talón la complicidad de George Fulham en el atraco al Banco Bradford?

Me parecía estúpido. Aunque un botín de ciento cincuenta mil dólares sea verdaderamente sustancioso, a Fulham no le hacía falta meterse a atracador para disponer de todo lo que le hiciera falta. Era un hombre rico, sin duda.

De todas formas se me ocurrió poner en práctica cierto ardid. El asunto podía dar sus resultados.

Consistía en presentarme en el Banco Bradford e intentar cobrar el cheque. Si me lo pagaban, el Banco comunicaría el cargo a Fulham. Si Fulham consultaba al Banco para saber quién era la persona que había cobrado el talón, le dirían que era el sargento Davis, de la policía, lo que no dejaría de sorprenderle.

Si Fulham era culpable, si había entregado aquel cheque a Brando a cambio de su complicidad, deduciría que yo lo había encontrado en los bolsillos de Gene. Y siempre le quedaría la duda de saber si Gene había confesado su secreto o se lo había llevado a la tumba.

Si todo era en realidad como yo suponía —cosa que me parecía disparatada—, el sargento Ron Davis iba a correr verdadero peligro.

En cualquier caso, en la mañana del día siguiente, martes, puse en práctica aquella peregrina idea.

Hal Warrens no pareció extrañado cuando presenté el cheque ante la ventanilla de pagos. Había otros dos jóvenes trabajando en

sus mesas, pero fue el gerente quien me atendió.

Me obligó a firmar al dorso y un momento después me pagaba en billetes de cien dólares. No hizo el menor comentario. Para él, la operación debía ser una más entre las muchas que realizaba diariamente.

Diez minutos después penetraba en el despacho del capitán Hilem y ponía el dinero sobre la mesa.

—Corresponde a un cheque que acabo de cobrar —dije. Y le expliqué a continuación cómo había llegado el talón a mis manos.

La exclamación de sorpresa del capitán fue muy gráfica. No me hizo la menor reconvención, sin embargo:

—Sólo una advertencia, Ron. Si todo esto llegase a perjudicar a Fulham y finalmente no pudiese usted demostrar su culpabilidad, las cosas iban a resultar muy desagradables para usted. Fulham es poderoso. Pondría toda su fuerza en arruinarle.

Aquello ya me lo había dicho yo a mí mismo, por lo que no me impresionó mucho.

A partir de aquel momento puse gran interés en permanecer siempre prevenido. Algo me decía que iba a haber grandes sorpresas y las hubo.

Aquella misma noche encontré un abultado sobre en la mesita de mi sala de estar. Abrí el sobre y lancé una exclamación de intensa sorpresa al ver el abultado fajo de billetes.

Conté el dinero y sumé diez mil dólares. Dentro del sobre habían escrito unas palabras a bolígrafo.

«Olvídese de todas las ideas que bullen en su cabeza y tendrá una larga y cómoda vida. En caso contrario, no».

Nada más. A aquél era *caso contrario*, *no* se podía añadir fácilmente la palabra *vivirá*. Es decir, una amenaza.

Nunca me han gustado las amenazas, y mucho menos si son anónimas. ¿Quién era la persona que había tras los diez mil dólares y la amenaza?

El capitán Hilem abrió mucho los ojos cuando puse ante él los diez mil dólares y el sobre.

—Jamás la caja fuerte de mi oficina ha guardado tanto dinero —exclamó, disimulando la sorpresa que mi conducta provocaba en él.

Por supuesto, Hilem sabía de sobra que sus hombres recibían cantidades en concepto de soborno, pero el capitán no tenía madera de redentor.

Mientras esperaba el resultado de las pruebas dactiloscópicas, esperé en mi despacho. Uno de los *cops* penetró tras de mí y me dijo que una joven muy bonita deseaba entrevistarse conmigo.

—¿Ha dado su nombre? —pregunté.

—No.

—Está bien, déjale pasar —accedí.

Mi sorpresa fue más que regular cuando la guapa Dolores Arias apareció en la puerta un minuto después.

Me levanté muy excitado, estreché su mano y le señalé una silla.

—Confieso que no esperaba volver a verla, señorita Arias —dije, espionando su reacción—. ¿Qué la obligó a volver?

—Pues bien —respondió con un ligero temblor de labios—: Recibí mil dólares por marcharme de esta ciudad. Temí que mi silencio pudiera encubrir un delito, además. Por otra parte, me gusta Chelham. Yo tenía solucionada mi vida aquí y no estoy obligada a huir.

—Es usted una chica muy valiente —exclamé, admirado—. ¿Está dispuesta a responder a la pregunta que le Mee hace diez días?

—¿Se refiere a la persona que adquirió tres bolsas deportivas? Fue el padre McCurdle —confesó.

—¡No es posible! —casi grité.

El sacerdote católico era, si me apuran, la única persona decente que se paseaba por Chelham.

Había instalado un taller-escuela donde enseñaba radio y electrónica a los muchachos que acudían a sus cursos gratuitos.

McCurdle, por otra parte, no era joven precisamente.

Y apunto este dato porque muchas personas creen que sólo los jóvenes sacerdotes son capaces de llevar a cabo un apostolado activo y fructífero.

Tenía unos cincuenta y cinco años de edad y el brazo izquierdo casi paralítico por la artritis que padecía.

Considerando todo aquello, insistí ante Lola Arias, para asegurarme de que no estaba equivocada.

—Convénzase, sargento. Fue él. El padre Pat McCurdle. ¿Por qué lo pone en duda?

No respondí a su pregunta, por supuesto. Sin embargo, recomendé a la señorita Arias que no volviera al supermercado Garret hasta pasados unos días.

Antes de que se marchase le hice una última pregunta.

—Dígame, ¿quién le entregó los mil dólares?

—Un muchacho, un joven de unos veinte años. Era moreno, espigado, con espinillas en la cara. Me abordó cuando entré en la cafetería. El mismo me brindó la excusa: podía decir que uno de mis familiares se había puesto enfermo de repente. El jefe de mi sección, señor Carpenter, no me puso obstáculos para que me ausentara del trabajo durante quince días.

La acompañé hasta la puerta. No me sentía tranquilo, porque las cosas se estaban complicando demasiado.

En fin, no tendría más remedio que visitar al padre McCurdle. Estaba seguro de que el sacerdote tendría una explicación satisfactoria.

Cogí el coche y partí hacia el Truman Boulevard, donde estaba situado el taller-escuela del padre McCurdle.

Cuando bajé del coche y pasé junto a las ventanas del taller no escuché el acostumbrado zumbido de los motores.

Pulsé el timbre y me abrió una mujer que dijo ser la asistente del sacerdote, y llamarse Martha Viscount.

—Hoy es día de fiesta para los chicos del padre McCurdle —dijo la señora Viscount—. ¿Es que no sabía usted que hoy se celebra la carrera anual de prototipos en Harneysville?

Recordé que Valery me había hablado algo relacionado con una carrera de prototipos en la localidad cercana.

—El padre decidió alquilar un autocar y llevar a todos los muchachos a presenciar la prueba. ¡El es tan chiquillo como ellos! —explicó la mujer.

—¿A qué hora regresarán? —pregunté.

—Hacia las siete o las ocho, probablemente. Los chicos llevaban sus meriendas —respondió la mujer.

Le di las gracias y volví al precinto. En el pasillo me crucé con el teniente Weels, que no abrió los labios para murmurar un saludo.

A las siete de la tarde volví a mi casa. No había hecho más que entrar cuando zumbó el teléfono. Fui hasta la sala de estar...

La persona que quería hablar conmigo era Lola Arias. Y parecía

muy asustada.

—... lo tomé a broma, sargento. Mi comunicante era un hombre joven, a juzgar por su voz y sus expresiones. Me amenazó. Dijo: *Te has pasado de lista, nena, y vas a pagarlo caro. En cuanto salgas de casa...*

—¿Sólo eso?

—Nada más. Pero hace un momento, cuando estaba dispuesta a bajar a la calle para comprar unas revistas, dos hombres trataron de apresarme. Di un salto hacia atrás y conseguí penetrar en la escalera y refugiarme en la pensión. Tengo miedo, sargento. No debí haber vuelto.

—Tonterías —dije, tratando de darle ánimos—. No se mueva de ahí. Iré a verla ahora mismo.

Me sequé aprisa, me vestí y abandoné mi apartamento.

No llegué a penetrar en la calle Cabot con mi coche, sino que lo dejé estacionado antes de volver la esquina.

Llevaba mi revólver empuñado dentro del bolsillo de la chaqueta y estaba prevenido.

Me detuve en un portal próximo y permanecí unos minutos esperando. Pero no apareció nadie.

Atravesé la calle y subí a la pensión.

Lola Arias parecía más serena y estaba mirando la televisión en compañía de su anciana patrona.

Hablamos unos minutos en privado y pareció muy sorprendida cuando le dije que no había visto a nadie en la calle.

Poco después me despedía de ella y volvía a la calle, tras recomendarle que no abriese la puerta a nadie que no se identificase satisfactoriamente.

Eran las ocho y media, de forma que el padre McCurdle habría regresado ya de Hameysville y podría interrogarle.

Conduje despacio hacia Truman Boulevard, pensando en lo que acababa de decirme Lola Arias.

—Uno de los que intentaron apresarme era el mismo joven que se entrevistó conmigo en la cafetería del supermercado. El mismo que me entregó los mil dólares con la condición de que desapareciera de Chelham.

Un muchacho moreno, atractivo, de buena estatura... Decidí que en cuanto volviera del taller-escuela del padre McCurdle iba a

recoger a Lola y a llevarla al precinto para mostrarle las fotografías de algunos jóvenes fichados.

Como en mi primera visita de aquel mismo día, aparqué junto a los anchos ventanales del taller-escuela.

Apagué las luces. Ya me disponía a salir, cuando me volví en el asiento al oír aquel rumor.

Una de las ventanas del taller-escuela acababa de abrirse y un hombre saltaba apresuradamente a la calle.

Era alto, joven, moreno y atractivo. Inmediatamente reconocí a Slim Dougherty.

CAPÍTULO IX

—Slim —murmuró Dave con voz ronca.

—¿Qué? —respondió Slim, aplastando el cigarrillo sobre el cenicero del panel.

—Escucha, no interpretes mal mil palabras, pero esto empieza a disgustarme.

Slim lanzó un taco.

—No seas estúpido, todo terminará bien.

—¿Eso crees tú? A mí no me gusta lo que está ocurriendo. Primero fue lo de Luke, luego lo del Banco, más tarde lo de Wallace y ahora... la chica. Si la policía nos «trunca», vamos a pasarlo muy mal. Acabaremos en la silla eléctrica. Yo... ¡yo no quería matar!

—Y no lo has hecho, idiota. Ni lo harás. ¿Cuál es nuestra responsabilidad? ¡Ninguna! Nada tuvimos que ver con lo de Luke. Tampoco con lo del Banco... Lo del viejo Wallace fue... un accidente. En cuanto a la chica... Ya lo has visto: en cuanto nos acercamos a ella, huyó.

Dave se revolvió, inquieto, en su asiento.

—No, no me gusta —insistió, dejándose embargar por el pánico —. El jefe nos exigirá un poco más cada vez.

Slim barbotó una blasfemia.

—Eres un cobarde, Dave. Ahora pienso que nunca debí confiar en ti. Has ganado mucho dinero. Dinero fácil, sin tener que trabajar, dándote la gran vida y gozando de los favores de las mejores chicas de Monroe Street.

Se interrumpió.

Un camarero acababa de salir de la discoteca y miraba a izquierda y derecha, indeciso. De pronto se aproximó al «Buick» estacionado diez metros más allá y metió la cabeza por la ventanilla.

—¿Quién de vosotros es Slim? —preguntó.

—Yo. ¿De qué se trata?

—Alguien te llama por teléfono. Es urgente.

Bajó del coche y siguió al camarero hasta la discoteca. Entró en la cabina telefónica que le señalaban y descolgó el auricular.

—¿Slim?

—Ah, es usted, jefe. La chica...

—Olvidaos de la chica y salid zumbando hacia Truman Boulevard. Acabo de saber que la muchacha ha nombrado al padre McCurdle.

—¿Qué... qué es lo que debemos hacer? —preguntó Slim, muy pálido.

A través del hilo llegó una risotada irónica.

—Lo dejo a tu elección, Slim. Si el padre McCurdle habla, te nombrará a ti. Fuiste tú quien le encargó las tres bolsas, ¿no?

—Es cierto, pero lo hice siguiendo sus instrucciones, señor...

—¡No pronuncies mi nombre, estúpido! —bramó su interlocutor—. Está bien, Slim, no discutamos. Sabes de sobras lo que hay que hacer. ¡Hacedlo! Si el cura habla, te detendrán.

—Y si a mí me detienen, hablaré. ¿No siente escalofríos pensando en ello, jefe? —preguntó Slim, apretando los labios de miedo y cólera.

Su interlocutor sólo contestó al cabo de unos segundos de silencio.

—No tengo miedo, Slim. Y te diré por qué: porque sé que tú harás lo que debes y todo quedará resuelto, ¿verdad?

—¡Lo... lo intentaré! —murmuró Slim. Y colgó.

Volvió al coche, se sentó junto a Dave y dijo:

—Arranca. Vamos al Truman Boulevard.

Dave obedeció sin hacer preguntas.

Diez minutos más tarde el «Buick» frenaba bruscamente ante el edificio del tallerescuela del padre McCurdle.

—¿Qué vamos a hacer, Slim? —preguntó Dave, aterrado.

Su compañero le miró despectivamente.

—Lo haré yo, Dave. Porque tú sufrirías un colapso. Hay que matar al padre McCurdle.

—¡Slim! —gritó Dave, despavorido—. No hablas en serio, ¿verdad? El padre McCurdle siempre fue bueno para con nosotros. Nos alimentó y nos acogió, quiso enseñarnos y preparamos para ser hombres decentes y honrados. Tú no puedes...

Sim movió velozmente el brazo derecho y sacó su pistola.

La apoyó sobre la frente de su compañero y murmuró con los ojos brillantes:

—Tú estarás esperándome aquí hasta que vuelva, Dave. Si te marchas, te buscaré y te mataré. ¡Mírame! ¿Dudes que sea capaz de hacerlo?

Dave le miró y vio su rostro deformado por el miedo y el rencor.

No podía dudar: Slim era capaz de todo lo más abyecto.

—Es... esperaré —prometió con voz ronca, insegura.

Lleno de espanto, vio salir a Slim, que se dirigió con paso vivo a la puerta correspondiente a la vivienda del padre McCurdle.

Slim sabía muy bien que la puerta estaba siempre abierta, dispuesta a recibir a cualquiera que llegase.

La empujó y penetró en el pasillo.

Registró las habitaciones, pero el sacerdote no estaba.

Fue hasta el patio interior y entonces vio la luz que provenía del taller.

Atravesó el patio sigilosamente y penetró en el taller.

El padre McCurdle estaba junto a uno de los bancos de montaje, ordenando el material para que todo estuviese dispuesto para el día siguiente.

El sacerdote se volvió al escuchar el rumor de pasos y vio al joven.

—Ah, Slim —exclamó con afecto—. Me preguntaba qué podía haberte ocurrido para que faltases a nuestra excursión a Hameysville. Ven, acércate.

Slim no dijo nada. Se había aproximado unos pasos y vigilaba los movimientos del sacerdote.

Entonces el padre McCurdle se separó del banco de montaje y le miró.

—¿Qué te ocurre, hijo? Estás tan pálido... Tienes que cuidarte, Slim. Debes estar enfermo. Vamos, ven conmigo. Te daré una taza de leche caliente y veremos qué hay en el botiquín que pueda ayudarte —ofreció bondadosamente.

Slim rechinó los dientes.

Cerró los ojos, apretó la pistola y disparó contra el vientre del sacerdote.

El padre McCurdle abrió mucho los ojos y miró a Slim con

incredulidad.

Un alarido infrahumano salió de la garganta de Slim cuando el rostro del padre McCurdle cayó pesadamente sobre sus hombros.

Separó con violencia el cuerpo de McCurdle y respingó, aterrado.

El piso de madera se empapó rápidamente de sangre.

Slim corrió hacia una ventana y contempló su rostro demacrado en el cristal.

Se sentía fuera de sí. Pero no se olvidó de apagar la luz.

Un momento después accionaba la falleba del ventanal y saltaba a la calle.

La cruzaba ya, ansioso por alcanzar el «Buick» que aguardaba al otro lado, cuando se oyó el rumor de una portezuela, seguida de aquella voz.

—Quieto, Slim. Deja caer la pistola y no te muevas.

Un sudor frío, helado, cubrió su rostro.

¿Quién era... quién era el maldito individuo que trataba de detenerle ahora, precisamente ahora, cuando sólo ansiaba huir, huir, huir...?

Un escalofrío le estremeció.

Se volvió, rápido como sus propios pensamientos. Y disparó.

Ron Davis tuvo que dejarse caer al suelo.

No quería matar a Dougherty. Sólo quería detenerle.

El muchacho parecía haberse vuelto loco.

Davis vio su rictus homicida y comprendió que iba a volver a disparar.

Entonces alzó su revólver y oprimió el gatillo por tres veces.

Slim pareció chocar contra un muro insalvable y poco a poco dobló las rodillas y cayó al suelo.

Coincidiendo con ello, el «Buick» se separó de la acera a gran velocidad y alcanzó el centro de la calzada.

Davis se apartó de un salto temiendo que el hombre que conducía el automóvil hubiera decidido aplastarle.

No fue así. El «Buick» evitó pasar sobre el cuerpo de Slim y aumentó de velocidad, alejándose.

Me llevó unos segundos comprender la situación.

No sabía quién era la persona que conducía aquel coche, pero me interesaba detener a quienquiera que fuese.

Salté hacia mi coche, di al contacto y torcí el volante cuanto pude. Mí «Ford» montó en la acera, brincó como un potro desbocado y alcanzó la calzada.

Delante de mí rodaba el «Buick» a velocidad excesiva. Cruzó un semáforo en rojo y no me quedó más remedio que hacer lo propio.

Por desgracia, el «Buick» era un coche nuevo, más potente que el mío. Y me dejó pronto atrás.

Saqué el revólver, decidido a disparar contra sus neumáticos, pero no lo hice. Había transeúntes en las aceras y la posibilidad de herir a alguien accidentalmente me detuvo. Una sarta de palabrotas rabiosas brotó de mis labios. Nos acercábamos al paso a nivel del ferrocarril de la zona Sur.

Fue entonces cuando oí el potente claxon. El ferrobús descendente se aproximaba al paso a nivel.

En una fracción de segundo comprendí por anticipado lo que iba a sobrevenir.

En efecto, me encontraba a no menos de doscientos metros del «Buick», cuando comenzaron a descender las barreras que cierran el acceso al paso a nivel.

El conductor del «Buick» frenó bruscamente. Y de pronto debió cambiar de idea, porque el automóvil se lanzó hacia adelante, partió en astillas las barreras y se precipitó hacia la vía férrea.

El ferrobús brotó por la izquierda y alcanzó al «Buick» por su parte trasera.

Vi cómo el coche giraba locamente y era arrastrado por el tren un trecho, hasta que desapareció de mi vista.

Inconscientemente pisé el freno a fondo, aunque me encontraba entonces a cincuenta metros del paso a nivel.

Cuando abandoné la calzada y conduje mi coche en sentido paralelo a la vía, el ferrobús se había detenido trescientos metros más allá.

Bajé del coche, crucé la vía y ascendí por un repecho.

Antes de ver los restos deformados del «Buick» pude oír el crujido de sus planchas abolladas.

Miré a través de una arrugada ventanilla sin cristales y vi el cuerpo de Dave Brakefield, apesado entre el respaldo y el panel.

Estaba muerto y su rostro ofrecía un aspecto que no quiero describir.

No tarde en reaccionar. Cuando volví a cruzar la vía, algunas personas se acercaban ya al lugar del suceso.

Volví a mi coche bajo la tremenda impresión recibida. Arranqué y alcancé la calzada.

Unos minutos después llegaba al Truman Boulevard.

El sargento Hamtop y varios agentes de uniforme estaban ya en el taller-escuela.

También estaba allí Shannon, el ayudante del fiscal, y el forense.

Cuando pregunté por el padre McCurdle me dijeron que una ambulancia acababa de llevárselo.

—Su estado es gravísimo —me dijo Banner—. Sufre una peritonitis aguda, de la que dudo pueda recuperarse. En cuanto a Dougherty, acaba de morir.

Dije a Shannon que conocía algunos detalles de lo ocurrido e hice un sucinto relato de cuánto había presenciado.

—Dave Brakefield está muerto también. Quiso huir a toda costa y un ferrobús aplastó el coche en el que huía —terminé.

Los trámites policiales me llevaron algo más de una hora. Tenía el estómago vacío, pero el apetito había huido de mí.

En cuanto hube terminado con el atestado correspondiente, penetré en el despacho de Hilem, que había sido llamado con urgencia.

Estuvimos hablando durante más de media hora. Prometió respaldarme en todo y su adhesión logró tranquilizarme un tanto.

A las diez de la noche penetraba en Hole. Tomar un café era toda mi ambición por el momento.

Vi a George Fulham sentado sobre un taburete al otro extremo de la larga barra.

¿Estaba nervioso o era sólo producto de mi imaginación?

Unos minutos después, Fulham abandonaba la cafetería.

Sonreí. Fulham no se sentía tranquilo, era evidente.

Terminé mi segundo café sin prisas, pagué y salí.

Podía visitar a Valery, pasar un rato en su compañía, pero preferí llamarla por teléfono.

Aquella tarde había ocurrido algo muy extraño. Sólo Lola Arias y yo sabíamos que el padre McCurdle había comprado unas bolsas deportivas en el supermercado Garrett.

Porque yo no lo había comentado con nadie, ni siquiera con el

capitán Hilem.

A pesar de lo cual, Slim y Dave habían llegado a saber que la señorita Arias había dado el nombre del padre Pat McCurdle, lo que había movido a Slim a asesinar al sacerdote para que no pudiera hablar.

¿Cómo habían logrado saber la confesión de Lola?

Sólo había una respuesta: el teléfono. El empleado de la compañía telefónica que yo había visto tanto en las inmediaciones de mi casa como en la de Valery, estaba interviniendo los teléfonos.

Es decir, habían intervenido la llamada de Lola, aterrada, que había mencionado al padre McCurdle.

Pocos minutos después, Slim y Dave habían abandonado la calle Cabot y viajado hasta Truman Boulevard para asesinar al sacerdote.

A las once quince penetraba en mi apartamento.

Me despojé de la chaqueta y del atalaje de la funda pistolera y saqué los cartuchos del revólver, dejándolo sobre un sillón.

Me aseguré de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Sólo entonces fui al teléfono y marqué el número de Valery.

Sabía que, con ello, iba a poner en peligro a la mujer con la que esperaba casarme, pero...

—¿Ron? —Escuché su voz pastosa, adorable—. ¡Al fin! Estaba intranquila por ti. No me has llamado una sola vez en todo el día.

—Buenas noches, cariño. Lo siento. La jornada ha sido muy laboriosa. Pero no te preocupes. Pronto va a aclararse todo —dije, mientras me libraba de la corbata—. Nadie lo sabe, excepto yo. Pero poseo todas las pruebas.

—¿Qué quieres decir, Ron? ¿Has averiguado algo?

—Sí. Todo está claro ahora. Sorprendí a Slim Dougherty cuando acababa de disparar contra el padre McCurdle. Slim está malherido, pero confesó cosas muy interesantes.

—¡Oh, Ron! No me desesperes. Habla.

—Te sorprenderás cuando sepas el nombre de la persona que organizó el atraco al Banco Bradford. Bueno, en realidad, no hubo tal atraco. Y no hay un solo culpable, sino dos.

—¿Quiénes?

—No puedo decírtelo ahora, cariño... por tu seguridad. Pero lo sabrás todo mañana mismo. Ahora, acuéstate y procura dormir. Yo

haré lo mismo. Me estoy muriendo de sueño. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Ron. Dios te proteja.

Al contrario de lo que acababa de asegurar, no tenía sueño. La tensión no me permitiría dormir, estaba seguro de ello.

Había dicho algunas incongruencias a Valery. Había mentido al decir que Slim Dougherty estaba malherido, porque estaba muerto. Había inventado muchas mentiras sobre la marcha.

Pero estaba seguro de que aquellas mentiras iban a intranquilizar mucho a algunas personas.

Me fui a la cama. Bajo la almohada tenía una pistolita «Browning», calibre seis veinticinco.

Porque la verdad es que aquella noche esperaba una visita. Una peligrosa visita.

CAPÍTULO X

En el silencio de la noche, el tic-tac del despertador resonaba como un cañonazo.

Ahora eran las tres de la madrugada.

No había dejado ninguna luz encendida. En las tinieblas, la espera era todavía angustiosa.

La pieza vendría hasta mí, por sus pasos.

El pensamiento me obligó a reír silenciosamente. ¿Qué era exactamente yo? ¿Era el cazador o... era la pieza, es decir, la víctima?

Había asegurado a Valery «que sólo yo poseía todas las pruebas». Y no poseía ninguna. Interrumpí mis pensamientos de repente. En algún lugar acababa de sonar un chasquido metálico.

«¡La puerta! —pensé—. Alguien acaba de abrirla». Agucé mis oídos.

Alguien arrastraba lentamente los pies a lo largo del pasillo de entrada.

Luego un cono luminoso horadó las tinieblas del cuarto de estar.

Vi dos piernas... ¡No, eran cuatro piernas!

Se habían detenido ante el sillón donde yo mismo había dejado mi chaqueta y el revólver cuatro horas antes.

Una mano muy cuidada tomó mi revólver. Se oyó un cuchicheo apenas perceptible, un cambio de impresiones en leve susurro.

El cono luminoso de la linterna enfiló la entreabierta puerta de mi dormitorio.

Mis músculos se pusieron rígidos al contemplar las dos oscuras siluetas a través de mis párpados entornados.

La linterna se elevó e iluminó brevemente mi cama.

Una de las dos personas se quedó en la puerta, dando muestras de indecisión.

Despacio, muy despacio, la otra se acercó a mi lecho.

Contuve la respiración, aguanté inmóvil como un muerto.

Mi propio revólver se acercó a mi frente. Sentí el acero helado sobre mi piel y advertí el movimiento del dedo índice plegado sobre el gatillo.

Sonó el «clic» del percutor, seguido de una exclamación de intenso asombro. En aquel momento saqué mis brazos y aferré la mano armada del otro.

Di un tirón y el hombre que se disponía a asesinarme cayó sobre el lecho.

Confieso que la ira me dominaba cuando empecé a golpear ciegamente su rostro.

El hombre que tenía bajo mi peso se debatió como una fiera.

Un puño impactó contra mi ojo derecho y provocó brillantes fotógenos en la oscuridad.

Aprovechándose de mi indecisión el asesino saltó sobre mí.

Un nuevo golpe en la garganta me envió fuera del lecho, cortada la respiración.

Mi enemigo me alcanzó de un salto. Noté sus manos frías sobre mi rostro y un roce de seda en mi garganta.

Estaba tratando de estrangularme. Al parecer, sus planes de descerrajarme un tiro en el cráneo con mi propio revólver, habían sufrido una rápida rectificación sobre la marcha.

Sus manos apretaron y apretaron con fuerza. Yo podía oír perfectamente su jadeo, su alborotada respiración que acariciaba mi rostro.

Sentí unas súbitas punzadas en las sienes y el ahogo de mis pulmones, que reclamaban oxígeno con urgencia.

«Va a matarme. Lo va a conseguir», pensé.

Todo mi organismo se rebeló ante la idea de la muerte. Pero mi resistente corbata seguía apretando inexorablemente.

Abandoné toda resistencia para controlar mis escasas energías y unir las en un único y decisivo golpe.

De repente alcé la cabeza y golpeé secamente su rostro con mi frente.

El alarido y su momentánea confusión me permitieron llenar los pulmones de aire.

Curvé mi espalda desesperadamente y conseguí sacudírmelo de encima. En la postura de andar a gatas, respiré hondamente.

La linterna, caída al otro lado de la cama, enviaba un leve resplandor a ras del suelo.

¿Qué hacía el asesino entretanto?

Sobre el leve resplandor que brotaba bajo la cama, distinguí su bulto.

Sonó un chasquido.

Supuse que aquellos segundos de respiro los debía al tiempo que mi antagonista había empleado en sacar un arma de fuego de sus bolsillos.

Que mi suposición era cierta lo comprendí un momento después, cuando el llamarazo hirió mis ojos.

Al mismo tiempo, algo candente y doloroso penetró en mi hombro derecho, arrancándome un chillido de dolor.

Decidido a impedir que volviese a acertarme en lugar más vulnerable de mi cuerpo, salté por los aires y aterricé al otro lado de la habitación.

Mis dedos tocaron un cuerpo cilíndrico, metálico. Era la linterna.

La apagué y me deslicé bajo la cama.

El otro se acercó paso a paso y tanteó las ropas del lecho, buscándome.

Palpó sus zapatos, apresé sus tobillos y tiré con todas mis fuerzas.

La pistola golpeó contra el suelo, en el momento en que el asesino gritaba y se desplomaba de espaldas.

Me tentó la posibilidad de encontrar su pistola. Si me fiaba de mis oídos, el arma debía haber caído muy cerca de la mesilla de noche.

Así pues, repté a toda prisa sobre el piso y palpé, esperanzado, hacia la derecha.

A punto estuve de gritar de gozo cuando mis dedos apresaron una pistola de gran calibre, a juzgar por su peso.

Inmediatamente retrocedí bajo la cama y encendí la lámpara que colgaba del techo.

Mi sorpresa fue grande al no encontrar a mi antagonista. El lecho estaba absolutamente deshecho y la ropa por el suelo.

Salí a la carrera, penetré en el salón y... me fui al suelo de cabeza. Alguien acababa de interponer una pierna entre las mías en

una perfecta zancadilla que dio conmigo en tierra.

Rodé sobre el *parquet* y fui a parar contra la biblioteca.

Por suerte, mis dedos agarraban firmemente la culata de la pistola y el arma continuaba en mi poder.

Oí un rumor a la derecha, que me obligó a incorporarme de un respingo.

Alcé la pistola y disparé tres veces, en abanico.

Al resplandor de los disparos vi la espalda de un hombre que huía hacia el pasillo.

A mi izquierda, el viento movía las cortinas de la puerta cristalera que comunicaba con la terraza.

Como mis atacantes eran dos, no cabía duda que habían escogido distintas vías de escape.

Opté por la terraza, más próxima a mí que el pasillo de entrada.

Quise abrir la cristalera, pero la cortina se enredó estúpidamente y me hizo perder unos instantes preciosos.

Loco de rabia desgajé la cortina, abrí la cristalera y salí a la terraza.

En aquel momento llegó a mis oídos el sordo ruido que producía un cuerpo al caer a la calle.

Me incliné ávidamente sobre la baranda. En la calle, frente a la puerta de mi casa, había dos automóviles.

Uno era el gran «Cadillac» del capitán Hilem. El otro un precioso coupé deportivo. Un lujoso «Toyota» de fabricación japonesa.

No vi en seguida al hombre.

Esperé, silencioso.

Súbitamente, una sombra brotó de detrás del seto y huyó en una rápida carrera hacia el «Toyota».

—¡¡Alto!! —grité como un energúmeno—. ¡Deténgase o me verá obligado a disparar!

No se detuvo ni un solo instante. Ni siquiera volvió la cabeza.

—¡¡Deténgase!! —repetí, decidido a hacer fuego si no me obedecía.

Pero el desconocido prosiguió su loca carrera hacia el coche.

Entonces apunté cuidadosamente a sus piernas y apreté el gatillo.

La bala golpeó en... la columna metálica de la farola, que tapaba parcialmente la portezuela izquierda del «Toyota».

Volví a disparar, pero no debí hacer blanco.

En aquel momento, un nuevo individuo apareció a la carrera en mi radio de visión.

Ya me disponía a disparar contra él, cuando se volvió hacia mí y gritó sin dejar de correr:

—¡No dispare, Ron! ¡Soy yo, el capitán Hilem!

Quedé inmóvil, rígido, con el arma en la mano.

Hilem saltó al automóvil policial y lo puso en marcha al tiempo que arrancaba el «Toyota».

Rogué mentalmente porque el capitán lograra detener a aquel hombre. Si escapaba... era muy posible que jamás volviésemos a encontrarlo.

El «Cadillac» de Hilem rodó a buena velocidad en pos del «Toyota». Vi una llamarada y adiviné que el capitán estaba disparando contra el automóvil del fugitivo.

En aquel momento, el «Toyota» alcanzó el cruce de la calle Smithson y viró vertiginosamente a la derecha.

Tan cerrado fue el viraje, que el automóvil derrapó ruidosamente sobre la calzada y se fue de zaga, montando sobre la acera.

Cuando el hombre que lo conducía logró detener el vehículo, maniobró frenéticamente para enderezar su rumbo y escapar.

El «Cadillac» que conducía Hilem avanzó en línea recta y le abordó a noventa kilómetros por hora.

El «Toyota» se alzó del suelo como en una secuencia cinematográfica proyectada a cámara lenta, dio una vuelta en el aire y chocó violentamente contra el muro.

Lancé una exclamación y, saliendo de mi inmovilidad, volví sobre mis pasos, atravesé mi apartamento y descendí la escalera a toda marcha.

Tres hombres detuvieron mi carrera.

Eran el sargento Hamtop, el detective Gatting y... George Fulham, que llevaba las manos esposadas a la espalda.

—¿Cómo...? —rugí, estupefacto—. ¿Entonces, el otro hombre...?

Por la expresión de los dos policías, comprendí que ellos no podrían satisfacer mi curiosidad, por lo que terminé de bajar la escalera y salí a la calle.

En la esquina de la calle Smithson, el «Toyota» se había incendiado y ardía ya por los cuatro costados.

Cuando llegué allí, Hilem arrastraba un cuerpo humano a distancia prudencial.

—Buen trabajo, Ron —dijo el capitán, entusiasmado.

—¿Quién es? —quise saber.

—Compruébelo usted mismo —contestó Hilem con macabro sentido del humor.

Me incliné, di la vuelta a aquel cuerpo y dejé su rostro mirando a las estrellas.

Era Hal Warrens.

Había muerto instantáneamente al producirse la colisión.

En aquel momento debió estallar el tanque de combustible del «Toyota», porque la explosión nos derribó a ambos y el suelo quedó cubierto de llamas en un perímetro que abarcaba todo el cruce...

El cuerpo de Hal Warrens fue recogido por dos sanitarios y llevado al depósito de cadáveres en una ambulancia.

Cuando el fuego estuvo apagado y los *cops* disolvieron el grupo de curiosos, Hilem se acercó a mí y dijo:

—Creo que debería irse a dormir, sargento. Debe estar muy fatigado.

Lancé una carcajada nerviosa.

—¿Dormir? ¿Cree que podría hacerlo después de... de todo esto?
—exclamé.

CAPÍTULO XI

George Fulham fue llevado al precinto y acusado formalmente de intento de asesinato.

La policía le había detenido en la escalera de mi casa cuando intentaba escapar. A pesar de ello, todavía intentó callar.

Pero no tardó en desmoronarse.

Lo primero que confesó fue el lugar donde ocultaba el cadáver de Luke Boldini.

El cuerpo fue hallado en uno de los frigoríficos de la funeraria Last Destiny, con el consentimiento de su dueño, Milton Chariton.

La verdad es que no tuve presencia de ánimo suficiente para acompañar a los detectives Nathan y Gatting.

Por otra parte, me interesaba mucho más escuchar la confesión de Fulham.

—Fue la fatalidad —se disculpó—. Si el chico no hubiera ido a comprar el *jeep*, las cosas hubieran ocurrido de forma muy diferente.

—No nos interesa su opinión, sino el relato de los hechos —le recordó Hilem, con frialdad.

—Está bien. Todo ocurrió así...

Luke Boldini estaba esperando ya cuando Harold Bee abrió las anchísimas puertas del garaje donde se exhibían los coches usados.

Se sentía tan impaciente, que en seguida abordó al encargado del negocio y le explicó su deseo: comprar uno de los *jeep* que tenían en exposición.

—Nada más fácil —replicó Bee—. ¿Tienes el dinero?

Luke sacó el rollito de billetes y se lo entregó confiadamente.

—Correcto, muchacho. Doscientos dólares. Escoge el *jeep* que quieras y sube a la oficina. Te haré el permiso provisional —le dijo Harold Bee.

Llevado por el entusiasmo, Luke avanzó entre los coches, miró, remiró y curioseó uno a uno todos los viejos vehículos militares.

Había alzado el capot de uno de los coches y estaba revisando cuidadosamente los elementos del motor, cuando escuchó los pesados pasos.

Se incorporó y vio a George Fulham.

Un hombretón fornido, poderoso, que le miraba fijamente, dominado por la cólera.

—¡Tú...! —bramó Fulham, acercándose a él—. ¿Qué diablos haces aquí? ¿Cómo te atreves a penetrar en el garaje, cochino ladrón?

Luke enrojeció intensamente.

—No soy ningún cochino ladrón, señor Fulham. Tengo perfecto derecho a curiosear y a mirar este coche..., porque voy a comprarlo —respondió.

A Fulham le temblaron los labios de ira.

—¿Tú vas a comprar un coche? Habrás robado el dinero, con toda probabilidad. ¡Largo!

George Fulham no tiene tratos con delincuentes como tú.

Luke empezó a disgustarse.

Conocía a Fulham. Adivinaba que aquel hombretón le odiaba por el simple hecho de ser hermano de Valery Boldini.

—Me está insultando, señor Fulham. No he robado el dinero. Mi hermana me lo dio. Es dinero ganado honradamente, ¿comprende?

—Me da lo mismo —respondió Fulham con una risotada brutal—. No quiero venderte un coche. De modo que lárgate ya o tendré que echarte yo.

—Se equivoca. No me marcharé. El coche, es mío —respondió Luke, con absoluta decisión.

Fulham, de improviso, alzó una de sus piernas y golpeó al muchacho en el bajo vientre.

El chico lanzó un alarido y cayó de espaldas, contra el capot del *jeep*.

Cegado por la furia, Fulham le agarró por el cuello y le zarandéo como si de un muñeco se tratara.

—No vas a burlarte de mí, maldito —rezongó entre dientes—. ¿Lo oyes, condenado Boldini? Todo lo que hay tras estos muros es mío. ¡Y lo vendo a quien me da la gana! Pero nunca a un sucio

mestizo..., ¡nunca!

El odio movía sus músculos. Sus manos apretaban y apretaban, inconscientemente, llevados por la cólera. No advirtió que el rostro del muchacho había enrojecido primero, se tornaba morado después hasta alcanzar un tono oscuro, ceniciento.

—¡¡Largo!! —gritó, soltándole—. ¡Márchate de aquí! ¡Que no se te ocurra volver jamás o te despedazaré!

Jadeaba convulsamente cuando dio un paso atrás.

¿Qué ocurría con el descarado Boldini?

Su cuerpo estaba desmadejado, tronchado sobre el capot del *jeep*.

Inmóvil, como muerto.

Fulham respingó, aterrorizado, cuando Hal Warrens, el gerente del Banco Bradford, apareció de improviso entre las hileras de automóviles.

Warrens se acercó a Luke Boldini, puso una mano sobre su corazón, palpó su pulso y sonrió desagradablemente.

—Mala cosa para usted, Fulham. Ha matado al chico, le ha asesinado —dijo.

Fulham pasó del rojo grana al amarillo pálido.

Demudado, estupefacto, miró a Warrens.

—¡No... no es posible! Yo... Yo no quería hacerlo. Sólo darle un escarmiento —balbuceó, estremeciéndose—. Pero...

—Pero se le quedó entre las manos, George. Usted es muy fuerte. Y Luke Boldini sólo un muchacho. Le meterán en la cárcel, Fulham. Tal vez... para siempre.

—¡¡No!! —rugió Fulham, aterrado—. Se lo diré a la policía. Diré que fue un accidente, que...

—Nada de eso creerán. Usted odiaba a los Boldini desde... que la chica le rechazó.

Pensarán que ha sido un asesinato frío y premeditado. Pero yo puedo ayudarle.

—¿Cómo? —exclamó inmediatamente Fulham, desesperado.

—Es fácil, meteremos su cuerpo en el maletero de mi coche. Afuera hay dos chicos, Dave y Slim. Ellos se encargarán de todo —propuso Warrens—. Nadie ha presenciado el asesinato... excepto usted y yo.

—Está bien —el rostro de Fulham estaba cubierto de gruesos

goterones de sudor—. Hagámoslo. Pero con cuidado. Harold Bee está arriba.

Entre los dos tomaron el cuerpo de Luke y, agachados, tras las hileras de automóviles, lo llevaron hasta el «Toyota» de Warrens y lo introdujeron en el amplio maletero, que el propio Warrens cerró con llave.

—¿Por qué me ayuda, Warrens? ¿Va a pedirme dinero? —preguntó Fulham.

Minutos después, Fulham escuchaba en su despacho la propuesta de Warrens.

—Me explicaré: La verdad es que me encuentro en dificultades. He gastado cantidades importantes de dinero del Banco y debo reponerlas urgentemente si no quiero ir a la cárcel. La muerte de ese chico, Boldini, me ha dado una idea.

La idea de Warrens era diabólicamente inteligente: fingir un atraco en su propio Banco. El responsable sería Luke Boldini, que seguiría vivo para todos, hasta que Warrens decidiese su muerte oficial.

—Dave y Slim son capaces de cualquier cosa por dinero. Les diré que lleven el *jeep* a las puertas del Banco. Yo me ocuparé de todo lo demás. Usted sólo deberá obedecer mis instrucciones. ¿Está de acuerdo, George?

—¡Qué remedio! Usted me tiene en sus manos. Le ayudaré.

Eran las cinco de la madrugada. Rodeado de policías, Fulham sudaba.

—Siga —ordené sin concesiones.

—Los chicos ni siquiera penetraron en el Banco. Warrens asesinó a Andy Yates y preparó la «puesta en escena». Destrozó la puerta hizo estallar una bomba lacrimógena se arañó a sí mismo, se golpeó... Tuve que entregarle dinero para comprar el testimonio del viejo Wallace.

—¿Y los billetes chamuscados que yo mismo encontré allí? —pregunté.

—Warrens obligó a los chicos a que quemaran algunos. En caso de que las cosas fueran mal podía hacerse creer que los ciento cincuenta mil dólares habían sido quemados. Fue una sangría para mí. Hube de pagar a Mellish y a Brando, encargados de hacer desaparecer el *jeep*. Uno de los muchachos había sacado un molde

en cera de la llave de su casa.

Era cierto que yo solía dejar el llavero en el panel de mi coche. Cualquiera hubiera podido sacar moldes de todas las llaves.

—Los primeros días, todo fue bien. Había entregado cinco mil dólares al teniente Weels para que hiciera la vista gorda. Pero cuando usted se encargó del caso, Warrens empezó a ponerse nervioso. Decidió que había que intervenir su teléfono y el de *miss* Boldini. Lola Arias decidió volver y se entrevistó con usted. Yo estaba en tensión continua, desesperado. Chariton había empezado a darnos prisa: no quería seguir ocultando el cadáver. Por eso, cuando esta noche, Warrens escuchó su conversación con *miss* Boldini, decidió que debíamos acabar con usted de una vez: sabía demasiado.

Estuvimos interrogando a Fulham hasta las seis de la mañana, en que firmó su declaración.

El teniente Weels envió aquel mismo día su escrito de dimisión. Pero no escaparía así; fue procesado, condenado y expulsado de la policía.

Aquel mismo día, el capitán Hilem propuso mi ascenso a teniente.

Por mi parte, abandoné el precinto y fui a entrevistarme con Valery. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, pero sus sollozos eran leves, resignados. Porque ella, con extraña clarividencia, hacía muchos días que había adivinado la muerte de su hermano.

La besé tiernamente y le prodigué todas las frases de afecto que sentía en mi corazón.

Aquel mismo día, George Fulham se suicidó. En el precinto me dijeron que Fulham había tenido suficiente paciencia como para convertir sus pantalones en una cuerda y se había colgado de la reja.

Pasaron los días.

Hemos visitado al padre McCurdle, que convalece muy despacio en la habitación del hospital.

He visto en sus ojos una sombra, una interrogación. Pero luego ha vuelto a ser tan animoso, cordial y simpático como siempre.

—Espero estar bien para cuando se celebre la boda —ha, dicho de repente.

Valery se ha ruborizado intensamente y yo he apretado su mano entre las mías.

En fin, sigo en Chelham, el barrio miserable y rico, odioso y atractivo. Con sus negocios boyantes, sus prostíbulos, sus delincuentes y sus prejuicios.

Mis compañeros parecen haber olvidado su anterior resentimiento e incluso me han felicitado por mi ascenso.

Valery está más bella cada día. Ella me compensa de la sordidez de este barrio, del servicio exhaustivo y peligroso.

No he cambiado. Sigo siendo el mismo policía duro, intransigente e independiente que siempre fui. Aunque algunas personas me nieguen el saludo.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Bookmaker: persona que vive de las apuestas, para lo cual está legalmente autorizado. < <